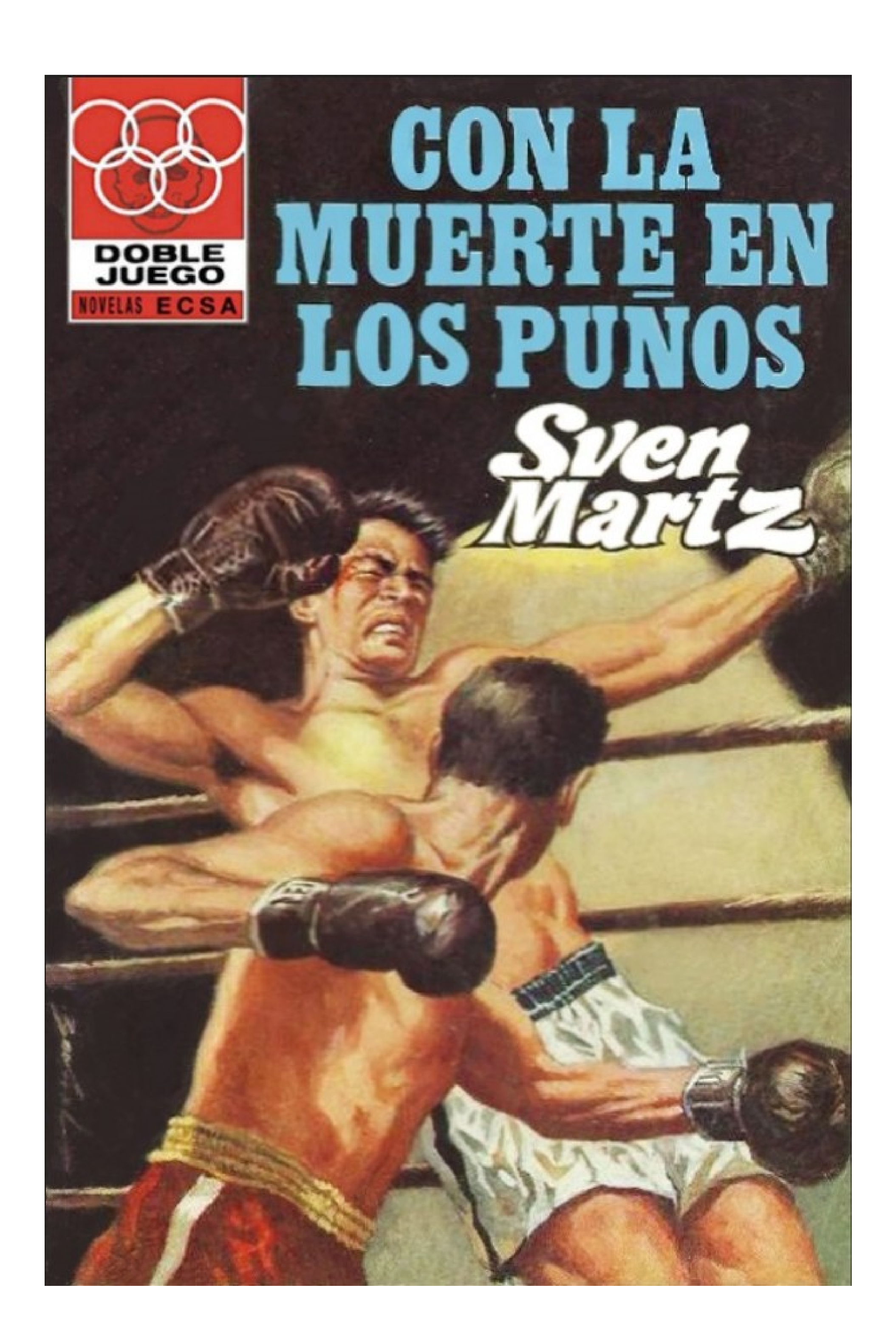
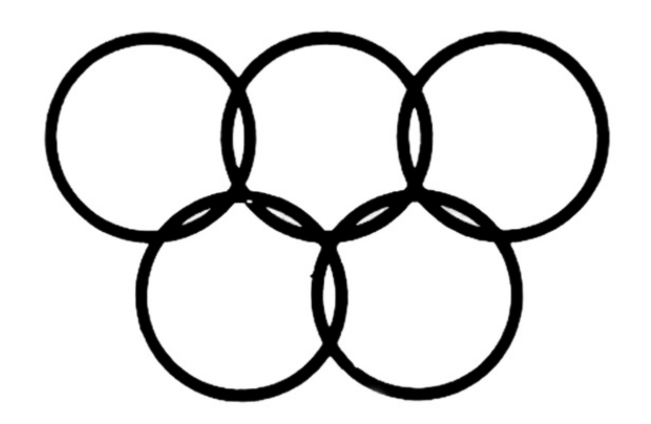

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
CON LA
MUERTE EN
LOS PUÑOS
Sven
Martz



COLECCION

DOBLE JUEGO

ECSA

SVEN MARTZ

CON LA MUERTE EN LOS PUÑOS

Colección
DOBLE JUEGO n.º 15
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 15.516-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1982
2.ª edición en América: diciembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

Gino, que parecía contemplarlo con una amistad respetuosa y admirada, dijo riendo:

—Pues eso no es nada… si supieras qué fuerte es… tiene el puño prohibido.

Me pareció que Sonzogno le miraba con hostilidad. Dijo después con su voz sorda:

—No es verdad que tenga el puño prohibido… podría tenerlo…

Pregunté:

—¿Qué quiere decir puño prohibido? Sonzogno respondió brevemente:

—Cuando se puede matar a un hombre con un puñetazo… entonces está prohibido usar el puño… Es como usar un revólver.

Alberto Moravia, *La Romana*

CAPÍTULO PRIMERO

Calle abajo, lentamente, Aldo Lorussi caminaba con la cabeza caída y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. El mundo estaba colmado de sombras grises y de paredes con ladrillos rojos descollando en los muros sucios. La tarde se había esfumado para dejar paso a la noche; una noche que, para Aldo, era la más negra de su vida.

Aldo siguió caminando hasta la esquina.

Delante de la puerta del gimnasio había un cubo de basura, lleno hasta los bordes y apestaba. Aldo le pegó un fuerte puntapié y el cubo se balanceó hasta caer al suelo. La tapadera rodó unos cuantos metros y los desperdicios se extendieron por la acera. Aldo pasó por encima de ellos, sin pisarlos, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta del gimnasio.

El local estaba a oscuras, pero Aldo caminó sin vacilar, como Pedro por su casa. Conocía todos y cada uno de sus rincones. Allí estaba a sus anchas, en terreno propio.

Por la claraboya del techo caía un poco de claridad de luna, que daba al local un aire desolado y casi fantasmagórico.

Al detenerse delante del *ring*, Aldo respiró con fuerza. Las aletas de su nariz se distendieron. Necesitaba impregnarse de aquel olor. Era un olor amigo.

Aldo Lorussi precisaba del olor del *ring*. Solo allí podía respirar a gusto, a pleno pulmón.

Se aproximó a las cuerdas y echó una mirada a su rincón. Con gesto instintivo, separó dos de ellas y pasó su cuerpo al interior del cuadrilátero. Sus pies parecían afianzarse en el suelo cubierto por la lona. Avanzó hacia su rincón y se agarró con ambas manos en las cuerdas. Hizo varias flexiones, respirando fuertemente, como si le faltase el resuello, aunque no era así.

Una extraña serenidad parecía invadir a Aldo mientras realizaba aquellas flexiones. Entonces se volvió y, erguido, sacando el pecho, miró al rincón opuesto. Parecía estar buscando a su adversario, para

estudiarlo antes de iniciar el combate.

Aldo no vio a nadie. Allí no había ningún contrincante. Estaba completamente solo en el *ring*.

Estaba solo; solo con sus puños.

Bajó la mirada hacia sus manos, gruesas y poderosas, cerradas en forma amenazadora, formando unos puños recios.

Aquellos puños le habían dado la fama, dinero, mujeres… pero ahora llevaba en ellos la muerte. O algo mucho peor.

Aldo miró con odio sus puños. Masculló una maldición y los abrió para que pareciesen menos peligrosos.

Luego, se puso a pensar…

El barrio estaba muy dividido. El sector norte tenía las mejores casas, en las que vivían los verdaderos americanos, los que lo eran desde hacía varias generaciones. A continuación estaban las casas que ocupaban los irlandeses, vocingleros y jaraneros. Seguían luego las dos calles ocupadas por los italianos, cuyas mujeres se hablaban de ventana a ventana, como si aún estuvieran en Nápoles o en el Trastevere, apoyando sus codos y los gruesos senos en los antepechos, de los que colgaba la ropa puesta a secar. Venía después la calle de los judíos, con sus tiendas de ropavejeros y las consabidas relojerías, que enmascaraban los cochambrosos tugurios de los prestamistas. Y finalmente estaban las casas de los puertorriqueños y de los negros.

Era una auténtica Babel incrustada en un barrio de Nueva York. Un conglomerado de gentes diferentes y dispares, con costumbres distintas, tan poco afines los unos con los otros, que entre ellos lo más fácil era enzarzarse en discusiones y peleas.

A veces había algo de paz en el barrio, pero eso era lo inusitado. Lo normal, lo corriente, era que unos peleasen con otros, chiquillos de una calle con los de otra, hombres contra hombres, y también las mujeres.

En aquellas circunstancias era fácil resultar herido o lesionado. Eso podía suceder en cualquier momento. Cuando uno menos lo esperaba podía brotar el insulto que motivaba una bronca. Y de la pelea entre dos se pasaba rápidamente a una lucha generalizada, en la que amigos o parientes tomaban partido, sin llegar a conocer nunca el motivo de la pelea, ni por qué se aporreaban los unos a los otros con furia digna de mejor causa.

Aldo tuvo que aprender a pelear para defenderse. Aunque había

nacido allí, en su calle, sus padres eran italianos. Más de una vez se oyó llamar «macarroni» de modo insultante. Igual que se lo llamaban a su padre y a sus vecinos. Pero también había visto cómo respondía el viejo Lorussi a aquel insulto. Cerraba los puños y atacaba al insultante al tiempo que gritaba:

—Gli maccheroni abbiamo coglioni…

Con aquello se iniciaba la lucha, en la que más de uno salía con la cabeza abierta, las narices sangrando o los ojos morados.

Aldo aprendió de su padre a pelear. El boxeo no era algo que atrajese al muchacho, le gustaba más el fútbol, la pelota o el rugby, pero los jóvenes de su barrio eran demasiado rudos y no se andaban con contemplaciones. Y cuando una tarde llegó a su casa con la nariz echando sangre, su padre colgó un saco de arena en el cuarto donde dormía Aldo con su hermano Gino, y le dio las primeras lecciones de autodefensa utilizando los puños como mazas.

A medida que aprendía cómo colocar sus puños en la cara de un adversario, cuanto más fuertes y contundentes eran sus golpes, menor era el número de los que se atrevían a desafiarle. Las palizas que había propinado le proporcionaban una especie de salvoconducto en cualquiera de las calles del barrio. Irlandeses, puertorriqueños y negros se lo pensaban dos veces antes de decir algo que pudiera sonar a insultante al joven que tan bien colocaba su demoledora zurda.

Aquella situación de privilegio la hizo extensiva a su hermano Gino. Este, dos años más joven que él, era apuesto y atraía a las mujeres. No podía compararse con Aldo en cuanto a fuerza, pero era su hermano y eso resultaba más que suficiente. Sobre todo cuando Aldo lo demostró defendiéndole y dejando malparados a quienes tuvieron la mala ocurrencia de meterse con Gino.

La protección que le dispensaba Aldo hizo que el hermano menor se permitiese algunas libertades. No con los otros chicos del barrio, pero sí con sus hermanas o con sus novias, e incluso con alguna que otra casada. Pero ninguna tomaba la cosa demasiado a pecho, pensando en lo que podía pasarle de tener que hacer frente a los puños del violento Aldo.

También este tuvo algunas satisfacciones en ese sentido. Su corpulencia le hacía atractivo para algunas mujeres. Y más de una, mientras el marido estaba en el trabajo, le llamaba para que le hiciese alguna reparación en el piso, terminando en la cama, donde Aldo

demostraba que era fuerte no solo con los puños.

Sin embargo, aquella atracción que ejercía sobre algunas de las vecinas no dejó de acarrearle algunos problemas.

Mientras trabajó como repartidor de leche tuvo varias ocasiones de llevar las botellas a una cocina, para pasar luego al dormitorio de la cliente y retozar con esta a gusto de ambos. A quien no le gustó el celo en el servicio fue al marido de una, que optó por protestar con el patrón de Aldo, lo que le valió a este ser despedido de su empleo.

Algo parecido sucedió cuando trabajó como mozo de recados de la tienda del señor Filkenstein. A su patrono no le preocuparon las quejas de algunos vecinos por las excesivas atenciones de Aldo con las clientes. Al contrario, al dueño de la tienda de víveres le parecía bien que su dependiente atendiese al máximo las solicitudes de las mujeres, ya que estas, muy complacidas con el servicial Aldo, eran incapaces de comprar en otra tienda del barrio, aunque ello representase que el joven tuviese que hacer muchas horas extraordinarias y «perder» un tiempo excesivo en los repartos a domicilio.

Lo que ya no le gustó a Filkenstein fue llegar una tarde a su casa, más pronto de lo acostumbrado, y encontrar a su dependiente en su propia cama, desnudo como un gusano, abrazado a la señora Filkenstein, que debía gozar a lo grande porque chillaba como una rata a la que estuviesen pisando la cola.

Filkenstein se sintió terriblemente ofendido. No pensó en las consecuencias de su acto y, barbotando insultos en yiddish, embistió contra la pareja sin conseguir otra cosa que ser parado en seco por la zurda de Aldo. Despedido violentamente contra la pared, el tendero chocó contra el muro y se desplomó al suelo, medio desvanecido.

La humillación que sufrió Filkenstein alcanzó entonces su grado máximo, porque Aldo no se marchó inmediatamente. El tendero, caído en el suelo, oyó los gemidos de placer que dejaba escapar su mujer sin que él tratara de incorporarse por miedo a encajar un segundo zurriagazo.

Luego, cuando Aldo se hubo marchado, Filkenstein tomó la heroica decisión de despedir al muchacho, aunque ello representase una disminución de las ventas en su tienda.

Después de aquel nuevo despido, Aldo consiguió colocarse como plomero, alternando este trabajo con el reparto de periódicos, lo que le valió nuevos encuentros amorosos con las mujeres del barrio que

encontraban en él una panacea para sus insatisfacciones eróticas.

También le dio entonces a Aldo por frecuentar el gimnasio de Elgin Weston, más conocido por Short, al que acudían algunas mujeres deseosas de aspirar de cerca el olor a sudor que se desprendía de los musculosos cuerpos de quienes iban allí a entrenarse.

Las hembras que acudían a admirar a Aldo, durante sus ejercicios gimnásticos o en los simulacros de combates de boxeo, eran de clase muy diferente a las que salían con su hermano. Gino frecuentaba jovencitas cariñosas y de muy buen ver, pertenecientes a las familias más acomodadas del barrio. Esto le producía a Aldo un cierto resquemor y algo de envidia, pero en parte se sentía orgulloso de los éxitos de su hermano con las «distinguidas» damiselas.

De lo que Aldo no se sentía muy orgulloso era del comportamiento de su hermana Valentina. Ella le llevaba dos años y, siendo la mayor, no le permitía que controlase sus movimientos ni que investigara a sus amistades.

Valentina había empezado muy joven a prostituirse para llevar dinero a su casa. Gracias a ella pudieron comer más de una vez sus padres y hermanos, sobre todo cuando el padre quedó cesante y a Aldo lo despidieron. En cuanto a Gino, no se podía contar con él, puesto que lo poco que «ganaba» decía necesitarlo para vestir de modo que le fuera posible conseguir un trabajo decente.

La muchacha siguió prostituyéndose, quizá porque le pareció que el dinero así ganado era mayor y el más fácil de conseguir.

Aldo no sabía lo que hacía su hermana cuando salía de casa, pero le molestaba verla vestida como una furcia. Fueron las risitas de algunos en el gimnasio las que le pusieron la mosca en la oreja.

Una tarde, Aldo no fue a trabajar a la fontanería y siguió a su hermana. Vio que esta se encontraba con un individuo en un bar y que se iba con él a una casa situada en el sector norte. Fue detrás de la pareja, sin dejarse ver, y utilizó la escalera de incendios para subir al segundo piso y colarse en el dormitorio del rubiales aquel, que se estaba beneficiando a Valentina.

Desde la ventana, Aldo vio cómo se desenvolvía su hermana. Un velo rojo se le puso delante de los ojos e irrumpió como una fiera dentro de la alcoba. Agarró por el pescuezo al rubiales y le hizo ponerse de cara a él. Después le largó un tremendo gancho, para seguir martilleándole la cara con golpes de derecha e izquierda.

—¡Suéltale, animal! —le gritó Valentina, tratando de interponerse entre su cliente y Aldo.

El muchacho parecía haber ensordecido. No oía los insultos de Valentina, pero cuando esta trató de apartarle de su víctima, le propinó un tremendo empujón y la hizo caer al suelo, perdiendo el conocimiento unos instantes.

Aldo continuó machacando la cara del yanqui. Sus puños alcanzaban al otro en el pecho y en la boca del estómago. Golpeaba en un cuerpo fofo, blanduzco. La zurda se hundió en el individuo aquel como en un bloque de manteca. El joven oyó el chasquido de un hueso al romperse, pero siguió pegando con más saña.

Valentina volvió en sí y al ver la cara de su cliente, chilló:

—¡Lo estás destrozando! ¡Vas a matarle!

Era verdad.

Pero nada ni nadie parecía capaz de detener a Aldo.

Cuando el joven terminó de castigar al cliente de Valentina y le soltó, el yanqui cayó desplomado al suelo. El tipo no jadeaba. Había dejado de respirar.

—¡Mala bestia! —gritó Valentina—. ¡Le has matado!

Aldo se agachó y zarandeó el cuerpo del caído. Su hermana estaba en lo cierto. Volviéndose hacia ella, con el ceño fruncido, gruñó:

—Vístete y vámonos de aquí… ¡Date prisa, zorra!

Valentina obedeció rápidamente.

Ambos hermanos salieron a la calle y apresuraron el paso para alejarse de aquella casa.

Cuando estuvieron a un par de manzanas, Valentina se encaró con su hermano. Su voz sonó silbante.

—No te denunciaré a la «.poli», pero no vuelvas a meterte en mis cosas. Lo que yo haga en mi vida es cuenta mía. ¿Te enteras?

Aldo dejó escapar un gruñido y alzó la mano. Su hermana le miró desafiante y añadió:

—Si me tocas diré que tú has matado a mí amigo. ¡Te costará la cárcel a perpetuidad o la silla! ¡Tú mismo!

Aldo volvió a bajar la mano, sin golpear a Valentina como habría sido su deseo. Y esta, segura ya de su triunfo, agregó:

—De la de hoy te salvas por puras tablas, hermanito. Tienes suerte de que yo no quiera perjudicarte, porque el tipo no era para mí otra cosa que un cliente. ¡Uno entre tantos!

—¡Eres una grandísima zorra!

Valentina se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué…? A mí me gusta y saco buenos billetes. Más que tú y padre juntos matándoos a trabajar. Y hago algo parecido a Gino, que no para de chulear a las mujeres.

—¡Es diferente!

Ella enarcó una ceja.

—¿Diferente? ¡No veo en qué! Se beneficia a algunas por la cara y hace que le inviten, pero cuando va con las maduras es para sacarles los cuartos. ¡Igual que haga yo!

Aldo gruñó algo ininteligible. Valentina se creció y continuó machacándole con sus palabras.

—Has de mirar más a quién pegas y cómo lo haces. Vigila tus puños, hermanito. ¡Llevas la muerte en ellos!

Valentina soltó una carcajada sarcástica y dio media vuelta. Se alejó calle abajo, caminando con su aire provocativo de profesional, balanceando sus nalgas de una manera que resultaba ultrajante para Aldo. Era un claro desafío… que él no podía recoger.

El muchacho se mordió los labios, pero no dijo nada. Bajó la cabeza y miró a sus puños. Los apretó con fuerza hasta que los nudillos se volvieron blancos. Valentina le había dicho una verdad como un templo de grande. Con aquellos puños acababa de matar a un hombre. Le dio muerte sin necesidad de otras armas. ¡A puros puñetazos!

Sí, su hermana tenía toda la razón del mundo. Aldo Lorussi llevaba la muerte en los puños…

CAPÍTULO II

Los pensamientos atormentaban a Aldo mucho más que todos los puñetazos que había recibido a lo largo de su vida. Él era de los que encajaban bien en el *ring*. Su debilidad estaba en el corazón, en los sentimientos. Un desprecio —a él, o a los suyos— le hacía mucho más daño que la peor de todas las palizas.

En aquella ocasión, cuando mató a puñetazos a un hombre cegado por la rabia del momento, no consiguió de su hermana lo que pretendía. Más bien sucedió todo lo contrario. Fue él quien se puso a merced de Valentina. Esta podía jugar con Aldo a su antojo. Le exigía que callase en casa lo de su «trabajo» en la calle. A cambio, Valentina mantendría silencio sobre lo ocurrido.

Valentina continuó prostituyéndose, con la diferencia de que, ahora, él ya no podía llamarse a engaño.

Más de una vez se cruzó con ella en la calle, cuando Valentina se iba con un tipo cualquiera, para acostarse con él por dinero. En aquellos momentos, Aldo cerraba los puños de rabia y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y no romperle la cara al individuo, machacándosela a puñetazos. Su aceptación de aquel estado de cosas era lo único que le permitía seguir libre. Valentina callaría en tanto que él no la molestase ni se inmiscuyese en su vida…

Solo una vez Valentina le pidió ayuda. Y se la dio.

Aldo recordó cómo sucedió todo.

Tres irlandeses bravucones habían sorprendido a Valentina por su cuenta, irrumpieron en la calle donde trabajaba ella con otras chicas y la despejaron con los tallos de plátano que enarbolaban sobre sus cabezas descargando golpes a derecha e izquierda.

Uno de los irlandeses, el pecoso O'Flaherty, se encaprichó con Valentina y la agarró por el brazo metiéndola en un portal. Uno de sus camaradas se metió en el zaguán para ayudarle, mientras el tercero se quedaba fuera, vigilando.

Valentina chilló como una corneja asustada cuando la forzó O'Flaherty. Ella no era ningún ángel de virtud, pero no quería que alguien se la beneficiase sin pagar antes. No estaba dispuesta a dejarse tomar gratis. Llamó sucio al irlandés y este la golpeó en la cara para que se callase. Después ya no tuvo problemas porque Valentina dejó de ofrecer resistencia.

La muchacha se mordió los labios hasta hacerse sangre cuando O'Flaherty le cedió el puesto al otro irlandés, el pelirrojo larguirucho. Y cuando este terminó con ella, la cabalgó el que había estado vigilando en la calle.

Los tres se la habían beneficiado sin su consentimiento. Eso hizo que Valentina se lo dijera a Aldo.

—¿Te atreves a acompañarme a su calle y señalármelos? —se limitó a preguntar el joven.

—¡Claro que me atrevo! —replicó Valentina, mordiendo las palabras —. ¡Y quiero ver cómo les haces puré!

Aldo cogió del brazo a su hermana y fueron a la calle de los irlandeses. Despacio, como si estuvieran dando un paseo.

Cuando O'Flaherty les vio juntos, comprendió a lo que iba Aldo. Hizo una seña a sus dos compinches y, como creían que siendo más podrían con el italiano, no se arrugaron y le esperaron a pie firme.

—Vamos a divertirnos un poco con el «macarroni» ese, chicos. Sacad las cadenas y le zurraremos de lo lindo. Luego podemos darle otro repaso a la hermanita. Me dejó sabor a poco…

Los otros corearon las palabras de O'Flaherty con una carcajada y sacaron de los bolsillos las cadenas.

Valentina se hizo a un lado, dejando que su hermano avanzara solo al encuentro de los tres irlandeses.

O'Flaherty exclamó:

—¡No le faltan agallas al tipo!

Y se adelantó agitando la cadena que silbó en el aire.

—¡Vamos a bajarle los humos! —gritó el larguirucho pelirrojo, haciendo silbar también su cadena.

Aldo se agachó un momento, dejando que la cadena cortase el aire por encima de su cabeza, pero al mismo tiempo disparó un tremendo directo contra la mandíbula de O'Flaherty que se tambaleó y dio un paso atrás.

El italiano se revolvió saltando a un lado para no ser alcanzado por

la cadena del pelirrojo, pero décimas de segundo después brincaba hacia él, propinándole un gancho que casi levantó del suelo unos centímetros a su adversario.

Antes de que el tercero de los irlandeses se hubiera dado cuenta de lo que se le venía encima, Aldo cargaba ya contra él propinándole una serie de golpes, «uno-dos», que le hicieron soltar la cadena y doblarse sobre sí mismo para caer al suelo al recibir el zurdazo en mitad de la boca.

O'Flaherty había reaccionado ya y acometió al italiano con la cadena, pero no contaba con la capacidad de Aldo como encajador. Su antebrazo paró el primer golpe del irlandés, respondiendo al instante como un rayo y proyectando su puño contra el blando estómago del otro. O'Flaherty gruñó de dolor al doblarse, pero ya Aldo estaba lanzado, Le atacó con la derecha haciéndole tambalearse y, antes de que pudiera reponerse, la zurda le castigó definitivamente haciéndole morder el polvo por un rato.

El pelirrojo larguirucho dirigió su cadena contra los riñones de Aldo, pero este lo esquivó de un salto, atacándole sin que el irlandés tuviera tiempo siquiera de dar un giro para quedar de cara a él. Un directo en la mandíbula lo arrojó contra la pared. Aldo le recogió entonces con un martilleante «uno-dos», culminado por el golpe de su demoledora zurda.

Los tres irlandeses estaban en el suelo, maltrechos. Se movían pero ya no podían defenderse. Aldo escupió despreciativo en el suelo y gritó:

—¡Esto os enseñará a no molestar a nuestras chicas y menos aún a mí hermana!

Después, con saña reconcentrada, descargó sendos puntapiés en el bajo vientre de cada uno de los irlandeses. Los tres alaridos rubicaron la «hazaña». Aldo exclamó burlón:

—Tardaréis en sentiros hombres otra vez—. Y quizá ya no os guste tanto como hasta ahora.

Dejando a los otros retorciéndose de dolor en el suelo, Aldo cogió del brazo a su hermana.

—Ya podemos irnos, Valentina. Creo que estarás satisfecha. Pagaron por lo que hicieron.

Ella se colgó de su brazo y le dio las gracias. Luego abandonaron aquella calle.

—Me parece que estamos en paz… ¿No, Valentina?

—Sí, pero yo no quiero abandonar.

—Entonces lárgate a otra parte. No quiero verte más por los alrededores. ¿Está claro?

La muchacha asintió con un gesto de cabeza. Y dijo:

—Esta tarde, mientras padre no esté, recogeré mis cosas y me iré hacia el Oeste. Tal vez consiga trabajo en el cine.

Aldo escupió en el suelo.

—Haz lo que te venga en gana… pero lejos. Si quieres escribirle a padre o a Gino, hazlo. A mí no necesitas mandarme ni siquiera una postal.

—Conforme. Aldo. De todos modos, gracias por lo de antes.

Allí se habían separado.

Desde aquel día no habían vuelto a verse los dos hermanos. Valentina escribió algunas cartas y mandó varias postales, que establecen su ruta hasta Los Ángeles. Después, al cabo de un par de meses de estar en la costa del Pacífico, dejó de escribir.

Aldo ya no se preocupaba por lo que ella pudiese hacer. Tenía bastante con ocuparse de sí mismo y de su hermano Gino.

El joven se había apuntado en la AAU (1) y se entrenaba concienzudamente para presentarse al campeonato del Estado, y si la cosa salía bien llegar hasta los nacionales.

Gino iba algunas veces al gimnasio acompañado de alguna de sus amigas, con el pretexto de verle boxear, pero casi siempre para sacarle algunos dólares.

Un día fue con Emily Ridgers. La rubia de falda corta y escote generoso, con cara de ángel y mirar de diablo.

La chica pareció sorprendida al ver a Aldo sudoroso, con los músculos tensos, golpeando en el saco.

Gino se pavoneó al presentarle a su hermano.

—Fíjate qué musculatura… Tócale el bíceps.

Aldo dobló el brazo para que la chica acariciase con su mano el músculo endurecido. Ella exclamó:

—¡Pareces de hierro!

Y el deseo brilló en sus ojos, mientras la mano seguía acariciando el brazo de Aldo, que sonreía complacido y halagado.

Gino soltó una carcajada y palmeó la espalda de su hermano.

—¡Vaya! La has flechado.

—No digas tonterías —replicó Aldo, amostazado.

—No son tonterías —agregó Gino, y señalando a la muchacha,

añadió—: Fíjate cómo te mira. Parece que tiene ganas de clavarte el diente. ¡Como si quisiera comérsete!

Aldo, para no contestar con violencia, descargó un puñetazo en el saco. La chica lanzó una exclamación de asombro. Estaba encandilada admirando al boxeador. Gino seguía riéndose y volvió a palmear a su hermano mientras le pedía dinero.

—Me hacen falta veinte dólares. Préstamelos y te los devolveré el sábado.

Aldo le hubiese dicho que no, que nunca le devolvía nada de lo que le prestaba, pero la chica seguía allí, mirándole. Sintió la necesidad de presumir y rezongando por lo bajo, fue hacia los vestuarios seguido de Gino y la muchacha.

Después de darle a su hermano los dos billetes de a diez, Aldo se despidió de Emily. La rubia estrechó su mano y al pasar delante de él para salir de los vestuarios del gimnasio, se frotó ligeramente contra su cuerpo sudoroso.

Aldo percibió el perfume de la muchacha como una caricia. A ella le sucedió algo parecido, solo que Emily aspiró el olor acre del sudor. Las sensaciones de ambos eran semejantes en cierto modo.

Los vestuarios tenían un olor muy peculiar, una mezcolanza de linimento y jabón de azufre, de sudor rancio y de orines, pues allí al lado había varios retretes con la puerta abierta.

Para Emily aquello resultaba extraordinario y excitante. Era como entrar en la jaula de unas fieras, en un Zoo.

Gino se marchó llevándose a la muchacha cogida de la cintura, y Aldo les miró con la envidia reflejada en los ojos. Ese sentimiento predominó en él durante el resto del día. Por la noche necesitó ir en busca de una hembra para descargar su libido. Y mientras entraba en el cuerpo de aquella furcia, Aldo pensaba que estaba poseyendo a Emily.

Al llegar su hermano, de madrugada, Aldo despertó un tanto rabioso. Rezongó contra el ruido que hacía.

—¿Es que no puedes acostarte sin despertar a todo bicho viviente? ¡Pareces don ruidos!

Gino se burló de él mientras se desnudaba y metía en la cama.

—Tengo una buena noticia para ti. Aldo.

—¿Buena noticia para mí?

—Sí. A Emily le has hecho tilín.

—¡Bromeas!

—Nada de eso, Aldo. Te aseguro que la tienes en el bote. Solo tienes que alargar la mano y será tuya.

—No te creo…

Aunque negaba, en el tono de la voz de Aldo había un timbre especial, como si desease que su hermano le convenciese de lo contrario, de que era cierto que aquella rubia joven y excitante podía ser suya, que podía acostarse con ella.

Gino insistió en lo que le había dicho.

—Si yo estuviera en tu puesto, mañana mismo iría a verla.

—No sé dónde vive.

—Te lo diré yo.

—¿Y crees que podré…?

—¡Claro que sí! Casi te aseguraría que Emily debe estar esperando a que la visites. Me habló mucho de ti.

—¿Y a ti no te importará?

—Una más o una menos no tiene importancia. Si la chica se ha encaprichado contigo, ¡que te aproveche, hermano!

Los ojos de Aldo brillaron codiciosos. Se incorporó y cogió el bolígrafo y un papel.

—Dame su dirección —pidió.

—El 117 de la Willis Avenue. Si vas a verla a eso de las dos de la tarde la encontrarás sola.

Aldo anotó la dirección y dobló el papel, guardándolo en su cartera. Luego murmuró con decisión:

—Mañana mismo iré a verla. Pero si me has engañado, si hago el ridículo… ¡me las pagarás todas juntas!

Gino se echó a reír.

—Ya verás cómo no haces el ridículo, Emily debe estar esperando que la hagas gritar de placer cuando la estrujes entre tus brazos de oso.

Aldo refunfuñó y cerró los ojos. Ya tenía algo con qué soñar aquella noche. Y si todo salía tal y como le había dicho Gino, a la tarde siguiente disfrutaría como un ternero, pero no con una furcia, con un sucedáneo, sino con la propia Emily.

Eran las dos y media cuando Aldo llamó a la puerta del 117 de Willis Avenue. Emily abrió y parpadeó al verle, sonriendo luego e invitándole a pasar.

—No te esperaba tan pronto…

Pero saltaba a la vista que no decía la verdad. Ella debía haberse

barruntado que el boxeador iría aquella misma tarde. ¿Por qué, si no, estaba solo con aquella bata que se abría generosa para mostrar sus muslos y el busto con una generosidad incitante?

—¿Te dio Gino mi dirección?

—Sí. Y también me dijo que a esta hora te encontraría sola.

Ella le miró a los ojos, casi desafiante.

—¿Por qué querías encontrarme sola? ¿Tienes algo especial que decirme?

Aldo se acercó a ella y adelantó las manos para asirla por la cintura y atraerla contra su cuerpo. Aproximó su cara a la de la muchacha y susurró junto a su oído:

—Decirte, no mucho… hacer sí…

Y casi inmediatamente la besó en los labios, buscando su lengua la de Emily, que sin falsa gazmoñería respondió a su caricia. Las manazas de Aldo se movieron por el cuerpo de la muchacha con suavidad acariciante, al tiempo que desabrochaba la bata para que todo su cuerpo quedase libre.

—¿Qué haces? ¿Tratas de violarme?

La sonrisa y la mirada de Emily desmentían aquellas palabras. Ni había censura ni rechazo, sino todo lo contrario. Desnuda ya se le ofrecía por completo. Se había apartado un poco de él, para que pudiese verla mejor, para excitarlo más.

Aldo no necesitaba de más aditamentos para empujarla hacia la alcoba. La cama se abría acogedora y sus cuerpos cayeron encima de ella estrechamente enlazados.

Él no era ningún sibarita en lo de hacer el amor. Temperamentalmente violento y rudo, se abalanzó sobre el cuerpo de la muchacha, que separó sus piernas para recibirle. Emily gimió al sentirse penetrada sin contemplaciones. Pero aquella brusquedad colmó sus deseos de entregarse al hombre que olía como una fiera en celo.

Emily percibía con deleite el peso de aquella mole, hecha de músculos duros, que se agitaba encima de su cuerpo fino e incitante. Se estremeció con movimientos acompasados a los de Aldo, que parecía enfrascado en una lucha sin cuartel. Ella escuchaba con evidente placer los resollantes del boxeador y respondía con suspiros o quejidos a cada una de sus embestidas.

Durante unos minutos, Aldo forcejeó con ella igual que si estuviese en un combate de lucha libre. Emily cruzó sus piernas en la cintura del

hombre, para hacer más íntima su entrega. Gozaba al sentirse poseída de un modo tan brutal.

Cuando todo terminó y Aldo se dejó caer sobre ella, Emily exclamó:

—¡Qué bruto llegas a ser!

Pero casi enseguida, besándole en el cuello de toro, añadió:

—Pero me gusta que seas así. ¡Me gusta mucho!

Aldo no necesitaba que ella se lo dijera para saberlo. Había captado las vibraciones del cuerpo de Emily al darse. Sus estremecimientos y suspiros fueron de lo más elocuente.

Su hermano Gino no le había engañado. Emily le había estado esperando anhelante por gozar con él.

El placer que acababa de disfrutar se lo debía a Gino. Y pensando en ello, Aldo se dijo que estaba en deuda con su hermano. No solo no se había mostrado celoso, sino que él mismo le facilitó las cosas para que pudiera beneficiarse a la rubia.

Y como aquella tarde habría otras más. Ni Emily ni él podían conformarse con una sola vez.

La deuda de Aldo para con su hermano Gino aumentaba con ello. Y con creces.

CAPÍTULO III

Erguido en su rincón, con el ceño fruncido, Aldo Lorussi continuaba mirando al ángulo opuesto, donde no había nadie. Los pensamientos que zumbaban dentro de su cabeza, como moscardones irritados, se alejaban ya, devolviéndole la calma.

Aldo se decía que era mucho lo que le debía a su hermano. La deuda respecto a Gino creció más de lo que podía imaginarse. No solo consiguió a Emily gracias a él, sino que en otras ocasiones le sirvió en bandeja mujeres formidables, que parecían estar locas por revolcarse en un catre entre los brazos del boxeador.

¡Al diablo con Gino! Las mujeres le sobraban y no hacía nada extraordinario al pasarle a su hermano algunas de aquellas hembras. De todos modos, siempre fue el primero en beneficiárselas y Aldo quien le descargó de ellas, ocupando el segundo puesto.

Sí, ¡al diablo con su hermano!

La deuda de Aldo para con él podía ser grande, de acuerdo, pero el precio que le exigían que pagase le parecía excesivo.

Aldo Lorussi no se sentía con el ánimo necesario para perder un combate con Sandy Wee, aquel a quién llamaban Strong Dog.

El joven boxeador estaba convencido de que podía eliminar a su contrincante antes del quinto asalto. Y siendo así, ¿por qué había de dejarse ganar?

¡Maldito Gino! Él se había metido en un lío de los gordos y ahora le tocaba a Aldo pagar las consecuencias.

—¿Por qué tuvo que llevarse a la cama a la querida de Sarbanas? ¿No tenía bastante con las otras? Pero no. Mi hermanito necesitaba beneficiarse a la fulana del tipo más peligroso del Bronx. Es como pasar la mano por la boca de una serpiente de cascabel y esperar que bese en vez de morder. ¡El muy imbécil!

Eso hizo que las cosas se pusieran peores para Gino y para él. Fred Sarbanas no era de los que se andaban con chiquitas y si además de su orgullo personal mediaba el dinero, la cosa era ya de lo más grave. El negocio de las apuestas por un lado y de otro, la

necesidad de castigar al jovenzuelo que se había metido en la cama con la fulana que tanto dinero le costaba.

Aldo separó otra vez las cuerdas y salió del *ring*.

Plantado junto al cuadrilátero miró a la lona. Tenía que morderla si quería que Gino se salvara.

—¡Si al menos pudiera estar seguro de que después de perder el combate no le harán nada! —rezongó irritado—. ¡Pero con Sarbanas y su gente no se puede estar seguro de nada! ¡De nada!

Aldo miró en torno suyo como un animal acorralado. Parecía buscar algo o alguien que le dijera cómo salir de aquel aprieto. Al ver el teléfono dejó de vacilar y fue hasta el aparato. Lo descolgó y marcó un número. Escuchó el timbre del teléfono y masculló varias maldiciones.

—¡Solo faltaría que Sal no estuviese en casa!

A los pocos minutos cesó el timbreteo y una voz adormilada respondió a la llamada.

—¿Quién es a estas horas?

—Soy Aldo Lorussi. ¿Estabas durmiendo, Sal?

El que estaba al otro lado del hilo telefónico debió de mirar el reloj, porque al cabo de unos segundos respondió:

—Son las once. ¿Tú qué crees? ¿Qué estaba jugando una partida de dados?

—Perdona, Sal —se apresuró a decir Aldo—. Pero sucede algo grave. Necesito hablar contigo ahora mismo.

El tono que empleaba el boxeador alarmó a Sal Marcheggi. El promotor de veladas se incorporó en la cama. Su voz ya no sonó adormilada. Estaba completamente despierto.

—Habla, Aldo. Te escucho.

—No. Por teléfono no puede ser. ¿Puedes reunirte conmigo?

—¿Dónde estás?

—En el gimnasio.

—¿Eh? ¿A estas horas? ¡No me digas que has ido a entrenarte!

Aldo movió la cabeza negativamente, como si el otro pudiese verle. Y replicó:

—Me pasa algo muy grave y he de hablar contigo. ¡Ahora!

El promotor pareció vacilar un instante. Luego dijo:

—Está bien. Ven a mí casa. Haré un poco de café.

—¿No molestaremos a tu mujer?

Marcheggi miró a la otra cama, en la que su esposa dormía placentera y tranquilamente.

«A esta no la despertaría ni la bomba atómica que estallase en el dormitorio», pensó y curvó sus labios en una mueca.

El promotor respondió:

—Ven tranquilo. Emma duerme como una bendita. Ni siquiera la despertó el teléfono. ¡Pero no tardes!

—Estaré ahí en menos de diez minutos. Lo que tarde en coger un taxi y en hacer el recorrido.

Marcheggi gruñó descontento y cortó la comunicación.

Luego se levantó, echó sobre sus hombros la bata y salió de la alcoba para pasar a la cocina y hacer café.

El promotor ignoraba para qué quería verle Aldo, pero si a aquellas horas estaba levantado, y en el gimnasio, era porque algo andaba mal, y ese algo debía de ser importante.

La cafetera dejó escapar un pitido justo en el momento en que Aldo llamaba a la puerta. Sal Marcheggi apartó el recipiente del fuego y fue a abrir. Vio ante él al boxeador con la cara demudada y casi se asustó.

—¿Qué pasa, Aldo? ¡Me tienes en ascuas!

Aldo pasó al saloncito y se dejó en un sillón, diciendo:

—Sarbanas me exige que pierda el combate del sábado con Strong Dog. ¡Eso es lo que pasa!

Marcheggi se sobresaltó y exclamó:

—¡Espero que no te habrás vendido! ¿Verdad?

Aldo hizo un gesto de impaciencia. Y respondió irritado:

—Claro que no me he vendido. Por eso estoy aquí ahora. ¡Por eso estoy que muerdo las paredes!

El promotor frunció el ceño y permaneció unos instantes silencioso. Con gesto pausado abrió la cigarrera y sacó uno de sus gruesos habanos. Mordisqueó la punta y la escupió al suelo. La encendió con la parsimonia habitual. Pero, contra lo que indicaban sus gestos, Marcheggi trataba de pensar con rapidez.

Sin haber dicho palabra, el promotor volvió a la cocina y cogió la cafetera, llevándola a la sala. De un armario sacó el azucarero, dos tazas y platos, y las cucharillas.

—Tomemos una taza de café y hablemos.

—Ya está hablado. ¡Quieren que pierda el combate!

Marcheggi hizo un ademán indicando al boxeador que se calmara. Luego replicó:

—No nos dejemos llevar de los nervios. Sarbanas no puede exigirte eso sin alguna razón. Ha de tener algo que ofrecer…

—Es que no ofrece nada de lo que tú imaginas. ¡Exige que yo pierda por *K. O. e*n el sexto o séptimo asalto!

Marcheggi movió la cabeza negativamente.

—No puedo creerlo. Para pedirte algo así, Sarbanas tiene que ofrecer algo a cambio. ¿Te ha dicho cuánto dinero iba a darte?

—¡Ni un céntimo!

—Eso es absurdo… ¿Cómo puede imaginar que te vendas por nada? ¡Es del todo ridículo!

Aldo hizo una mueca y replicó:

—Tiene a Gino en su poder. Es su vida a cambio del combate. ¿Lo comprendes ahora?

—¿Quieres decir que ha raptado a tu hermano?

—No, exactamente… No ha necesitado mandar a sus gorilas para atrapar a Gino. Se ha limitado a cazarlo como a un conejo.

Marcheggi hizo un gesto de incomprensión y murmuró:

—Francamente, no lo entiendo.

Aldo se explicó.

—Por lo visto, Fred Sarbanas se presentó en casa de su querida, la estrellita esa del *music-hall,* a una hora en que esta no le esperaba. Mi hermano estaba en la cama con ella.

—¡Ya…!

—Y Sarbanas no tuvo mejor idea que la de atrapar al tonto ese, llamándome luego para decirme lo que yo habría de hacer si quería recobrar entero y vivo a Gino.

Marcheggi puso cara de circunstancias, rezongando:

—Ese Sarbanas es de los que cumplen sus amenazas…

—¡Ya lo sé! ¡Maldición! ¿Crees, si no, que estaría tan preocupado? ¡Me ha hecho puré con un simple jab!

—No tan simple —comentó irritado Sal—. Te lo ha pegado en el vientre.

Los dos hombres quedaron callados.

Sal bebió el café de su taza a pequeños sorbos, mientras pensaba. Aldo lo tragó de golpe, abrasándose casi la garganta.

Transcurrieron varios minutos sin que ni el uno ni el otro dijera

nada. Al fin Aldo, más impaciente, rompió el silencio.

—¿Y bien? ¿Eso es todo lo que puedes decirme?

Marcheggi miró con fijeza al boxeador.

—Tú quieres mucho a tu hermano, ¿verdad?

—Sí. ¡Mucho! ¡Como si fuese un hijo mío!

El promotor murmuró entonces con desgana:

—Entonces, si quieres volver a verlo enterito, no tendrás otro remedio que hacer lo que te exige Sarbanas. Tendrás que perder ese combate, que te llevaba directo a enfrentarte con el campeón del continente.

—¿Y eso qué representará para mí?

Sal Marcheggi se encogió de hombros y rezongó:

—Será un paso atrás en tu carrera y grave. No quiero ocultártelo. Tendremos que pedir la revancha y hasta que no le hayas ganado a ese maldito Wee no podrás pensar, ni en sueños, en enfrentarte con el campeón. Y aún entonces estarás en segunda línea si hay otro candidato al título.

—¡Maldita sea!

Aldo apretó la taza en su mano con tanta fuerza, que la hizo añicos. Sal no hizo ningún comentario, mirándole con pena. Luego, como si le costase un tremendo esfuerzo, preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Aldo?

—Francamente… no lo sé.

Marcheggi trató de animarle un poco.

—Por la cuestión económica no has de preocuparte. Sabiendo que vas a perder podemos cubrirnos haciendo apuestas contra ti.

—Si se entera la gente o si lo sabe Sarbanas nos costaría un disgusto serio.

—Tú lo has dicho, Aldo. Tendrían que enterarse. Yo tengo buenos amigos que por un chivatazo así me lo pagarían bien, harían sus apuestas y colarían algunas más y tuyas. No perderíamos dinero e incluso ganaríamos unos cuantos fajos de billetes. Pero tú y yo sabemos que eso no lo es todo. Tu carrera se perjudicará.

—Pero no tengo más remedio que ceder…

Marcheggi no dijo nada. Se limitó a mirarle y a escuchar. Aldo siguió diciendo:

—No puedo permitir que destrocen a mí hermano, que maten a Gino… y ese puerco de Sarbanas es capaz de castrarlo o de ponerle

una bota de cemento y echarlo al Hudson.

—Sí… Es capaz de eso y de más.

Aldo se puso en pie. El promotor le imitó. Los dos hombres se miraron con fijeza.

—¿Te has decidido ya?

—Sí. ¡Perderé el combate!

Marcheggi hizo un gesto con la cabeza. Asentía a lo que decía el boxeador.

—No tengo otra solución.

—Conforme, Aldo. Has obrado conmigo lealmente. Otro quizá no me lo hubiese dicho. Ahora, por lo menos, no perderemos dinero.

—Algo es algo, ¿verdad?

—Sí. ¡Lástima que eso no lo sea todo! En fin, no tenemos más que apechugar con este mal trago.

El promotor acompañó a Aldo hasta la puerta.

—¿Quieres que te lleve a casa en mi coche?

—No, gracias. Prefiero ir dando un paseo. Tal vez eso me aclare más las ideas y haga que me resigne a mí suerte.

Los dos hombres se dieron la mano.

Marcheggi abrió la puerta y dejó que el boxeador se fuese. Por unos minutos permaneció en el umbral, viéndole alejarse, en dirección al río. Aldo iba cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos. El promotor murmuró entre dientes:

—Esto puede acabar con él… ¡y quizá para siempre!

Cerró la puerta y fue a acostarse de nuevo.

Tendido en la cama, con los ojos abiertos y fijos en el techo. Sal Marcheggi pensaba en la situación que le había planteado el boxeador. No le había engañado en lo respectivo a su carrera, ni tampoco en la parte económica del asunto.

«A mis amigos les va a caer una bicoca, y yo haré también mi agosto, pero Aldo, aunque gane algunos billetes, va a perder mucho. ¡El combate lo perderá de verdad!»

Sal Marcheggi cerró los ojos y no tardó en quedarse dormido. Su problema no era ni la mitad de grave que el de Aldo. Este, con las manos en los bolsillos, la cabeza caída sobre el pecho, seguía caminando como si fuera un alma en pena.

En aquellos momentos, Aldo Lorussi era una más entre las

muchas sombras que había en la ciudad.

CAPÍTULO IV

Aldo estaba sediento, o por lo menos tenía la garganta completamente seca. Vio un bar abierto y se metió dentro como si fuera un refugio. Cuando el camarero se le acercó para preguntarle qué quería beber, vaciló un instante. Él no probaba el alcohol para cuidar de su forma física, pero en aquel momento esto le tenía sin cuidado.

—Un *whisky*… doble.

Con una mueca amarga en sus labios. Aldo llevó a estos el vaso con el alcohol que entró en su garganta, abrasándola.

Él no estaba acostumbrado a beber. Por lo menos, a beber *whisky*. Eso lo dejaba para Marcheggi o para sus amigos.

Se sentía en perfecta forma. Tenía el peso justo, sin un kilo de más ni de menos. No había ni una onza de grasa en su cuerpo, convertido todo él en una poderosa máquina, en un haz de músculos que respondían siempre a cuanto les exigía.

¡Y ahora iba a tener que rendirse ante un fulano que no podía llegarle ni a la suela de sus botas!

Cada vez más irritado consigo mismo y con su hermano, con aquel maldito Strong Dog al que iba a regalarle el combate, con el sucio Sarbanas, cuya fulana era capaz de irse, con cualquiera que la pusiera los ojos tiernos, Aldo vació el vaso de *whisky* y pidió otro.

Ya no tenía que preocuparse por su forma. Tampoco estaba allí Marcheggi para quitarle el vaso de las manos. Podía beber alcohol, drogarse, hacer lo que quisiera…

¡Todo le daba igual a Aldo Lorussi! ¡Todo!

Bebió el segundo *whisky* a pequeños sorbos. Empezaba a notar algo de calor en su cuerpo. Era una sensación nueva y agradable. El *whisky* le estaba reconfortando… Aldo miró en torno suyo con curiosidad.

Alrededor de una mesa varios tipos jugaban a los dados. No parecían fuertes las jugadas y Aldo estuvo tentado de tomar parte en la partida. Eso podía ayudarle a pasar el tiempo.

No se unió a los jugadores porque en aquel momento se le acercó una mujer y le puso una mano en el brazo.

—Pareces triste y solitario… ¿Me invitas a una copa? Yo puedo ayudarte a olvidar tus problemas.

—¡Ojalá dijeras la verdad!

—¿Por qué no lo pruebas?

Aldo se encogió de hombros, un tanto despectivo y murmuró:

—Toma tu copa y déjame en paz. No estoy para charlas ni para tontadas.

—Hacer el amor no es ninguna tontería.

Aldo curvó sus labios en una mueca.

—No tengo malditas las ganas.

La otra no se dio por vencida.

—Eso quiere decir que me necesitas más de lo que imaginas. Eres un tío fuerte, de los que me gustan. ¿Por qué no vamos a pasar un rato juntos?

—Ya te dije que no tengo ganas.

—Para eso, como para comer, todo es cuestión de empezar. El apetito viene después.

—Conmigo no. Y te aseguro que pierdes el tiempo.

—Te advierto que soy una artista… Dime qué te gusta y te garantizo que quedarás satisfecho.

La insistencia de la mujer hizo que Aldo la mirase con nuevos ojos. Era morena y de senos opulentos, pero que no parecían caídos, aunque eso pudiera ser debido al sujetador. Las caderas eran amplias y rotundas y sus piernas se veían de buena línea.

—¿Cómo te llamas?

—Carmelina. ¿Y tú?

—Yo Aldo. ¿Eres mexicana?

—No, puertorriqueña. ¿Y tú? ¿Eres italiano?

—Mis padres sí, pero yo nací aquí. En el Bronx.

—¿Boxeador o luchador?

—Lo primero. ¿En qué lo has notado?

—En tu musculatura, y ahora que me fijo, en tu nariz. ¿Todos los boxeadores la tenéis así, partida?

—No es necesario, pero resulta conveniente.

Carmelina se le colgó de un brazo y acercó su cuerpo sinuoso al del boxeador, diciéndole:

—Ahora que ya nos conocemos podemos subir a mí cuarto. Lo pasarás bien.

Aldo estuvo tentado de decirle otra vez que le dejase en paz, pero la mujer, además de frotarse contra él había bajado una mano y le acariciaba a la altura de la entrepierna. Estaba claro que pretendía excitarle. Él sonrió, pero ya sin rechazarla.

Cuando Carmelina se dio cuenta de que él empezaba a reaccionar a sus caricias, se pasó la lengua por los labios y dijo, insinuante:

—Un buen trabajo te pondrá del todo en forma. ¿Por qué no te decides? ¡Fíjate qué artista soy!

Y al tiempo que hablaba, la mujer sacó la lengua y la agitó de modo vertiginoso, tanto que equivalía a una promesa de placer.

—Está bien —dijo Aldo, aunque con algo de desgana—. Al final te has salido con la tuya.

—No, chato. Me salgo con la tuya, porque va a ser mía. ¡Paga y vámonos…! ¡Me has puesto de un cachondo subido!

Aldo se rio y palmeó las nalgas opulentas. Pidió su cuenta al camarero y, después de abonarla, siguió a la mujer fuera del bar, para entrar en el portal siguiente. Era un hotel de esos que alquilan habitaciones para un rato o para una noche.

Mientras subían por las escaleras, Aldo llevó una mano por debajo de la falda y acarició el opulento trasero de Carmelina. Ella lo removió para hacerlo más incitante y, girando la cara hacia él, murmuró:

—¿Ves cómo ya se te abre el apetito…? ¡Verás dentro de un rato lo bien que te encuentras! Se te habrán borrado todas tus ideas negras. ¡Promesa de Carmelina!

Aldo se echó a reír y no quiso llevarle la contraria.

La mujer abrió la puerta de la habitación y pasó delante de Aldo. Mientras este cerraba, ella empezó a desnudarse como si tuviera prisa. Al boxeador aquello le resultó algo molesto.

«Para ella no soy más que un cliente. Va a tratar de deshacerse de mí en minutos. Cuando antes acabe conmigo, antes podrá buscar a otro con el que pasar un rato».

Aldo se desnudó despacio. Tanto que ella ya estaba acostada, ofreciéndose, esperándole, cuando él terminó.

—Vamos, chatín. No me hagas esperar más…

Aldo se subió encima de la cama y dejó que ella le tumbase para iniciar el turno de caricias bucales, que según Carmelina habían de dejarle más que complacido.

Tendido boca arriba, mientras la furcia se desmelenaba besuqueándole y mordisqueando, Aldo no pudo evitar acordarse de la primera mujer que le había acariciado de aquella manera.

Carmelina no podía ni imaginarse lo que pasaba por la mente del boxeador. Ella le trataba como a un cliente más, le sacaría el malhumor en la cama; pero lo que no sospechaba era que lo conseguiría precisamente porque Aldo no creía estar acostado con ella sino con otra mujer, aquella cuarentona alocada que fue a buscarle una vez al gimnasio con el decidido propósito de llevárselo a la cama.

La viuda Lenner se había mirado en el escaparate de una tienda antes de entrar en el gimnasio de Short Weston. A sus cuarenta años recién cumplidos y dos de viudedad, tenía auténtica hambre de macho. Y allí, en aquel laboratorio de musculaturas, sabía que encontraría algunos buenos ejemplares.

La Lenner no ignoraba que más de un mozo hercúleo resultaba decepcionante a la hora de hacer el amor. Muchos músculos no equivalían a auténtica potencia sexual. A veces un tipo escuchimizado, como el cobrador del alquiler, la dejó más satisfecha que un campeón de catch. Pero de todas maneras le gustaba que algunas de sus amigas la envidiasen al verla del brazo de uno de aquellos tipos fornidos.

Entró en el gimnasio y fue a saludar a Elgin, antiguo camarada de su difunto marido, que conocía sus apetencias y no le ponía ninguna traba, siempre que no agotase al muchacho que elegiste. Pero de eso ya se cuidaba él, alejándolo de su lado al cabo de un mes o de seis semanas.

La viuda respiró con fruición el olor del gimnasio y miró con ojos ávidos a los dos hombres que se estaban golpeando en el ring. A uno ya lo conocía porque hacía un par de meses lo tuvo en su cama durante unas cuantas noches, pero no tenía nada de particular y por eso le duró menos que otros. En cambio, a su contrincante no lo conocía y eso la hizo fijarse en él.

Aldo la había visto ya varias veces en el gimnasio y, por los comentarios que oyó sobre ella, sabía a qué atenerse. Sin embargo, aquella tarde la encontró más apetecible que nunca.

La viuda Lenner llevaba unos pendientes grandes, de frutas, que debía haber comprado en alguna tienda cubana o puertorriqueña, o quizá durante unas vacaciones en el Caribe. El vestido era de color gris perla brillante y se ajustaba como un guante a sus fajadas caderas, al tiempo que dejaba ver buena parte de su busto, que gozaba de la protección de un sujetador de precio.

Aldo no se entretuvo demasiado en la contemplación de la mujer, porque los puños enguantados de su contrincante podían enviarle al país de los sueños. Además, tenía gana de lucirse delante de ella. Sin embargo, eso mismo pensaba Micky, su adversario. Este quería recuperar su puesto en la cama de la viuda.

Micky era un buen fajador, pero Aldo era un boxeador difícil de alcanzar. Tenía un excelente juego de piernas y era muy veloz con los pies. Su esgrima era ya bastante aceptable y movía los puños con rapidez, colocando la izquierda siempre que su contrario le dejaba la oportunidad de hacerlo, por descuido o porque abriese demasiado la guardia. Y su pegada era de las mejores, sobre todo con la zurda, porque había practicado incansablemente en el saco de arena hasta hacer que los puños se convirtiesen en auténticos mazos.

El italiano danzaba sobre sus pies, lanzando rápidos golpes a Micky, esquivando los ganchos que este le dirigía. Después, poco a poco, fue llevándole hacia las cuerdas, acorralándole en uno de los rincones neutrales.

Aldo ya no miraba a la bella y apetitosa espectadora, para concentrarse en el combate. De pronto, al ver que Micky le dirigía un ingenuo golpe con la derecha, el italiano estuvo casi a punto de echarse a reír. Su rival le estaba brindando la oportunidad de quedar como un rey, y aunque en los combates de entrenamiento debía evitarse que los púgiles se lesionaran, Aldo no dejó pasar aquella oportunidad.

Agachándose repentinamente, esquivó la derecha de Micky al tiempo que proyectaba un gancho contra su adversario. Luego, al enderezar de nuevo el cuerpo, lanzó una descarga de golpes directos contra la cara de Micky, al que el casco protector sirvió de poco.

Aldo vio que Micky se tambaleaba bajo el aluvión de puñetazos. Pero no solo no retrocedió, como era lo habitual en un combate como aquel, sino que descargó su zurda en mitad de las narices del otro púgil. Micky se tambaleó y abrió la guardia por completo, lo que le valió un tremendo upper-cut que le derribó sobre la lona.

—¿Te has vuelto loco, Lorussi? —le gritó Short Weston, corriendo a meterse en el ring, para ayudar al caído.

Luego, mirando furioso al vencedor, le apostrofó:

—Le has dejado K. O. y eso no me gusta en un combate de entrenamiento.

Aldo se disculpó de la mejor manera que supo y abandonó el ring, complacido por el resultado obtenido, que se reflejaba en la mirada de admiración y deseo que brillaba en los ojos de la viuda.

Al pasar delante de la mujer, camino de los vestuarios, esta le cogió del brazo y dijo:

—Peleas muy bien, como un futuro campeón.

—Es lo que espero llegar a ser muy pronto.

La viuda palpó el duro bíceps al tiempo que miraba al calzón de Aldo, recreándose en la contemplación de la protuberancia que se le notaba y que delataba su excitación.

—¿Has terminado ya de entrenarte?

—Sí. Ya está bien por hoy.

—¿Saldrás enseguida?

—El tiempo de tomar una ducha y vestirme. ¿Por qué?

Charlotte Lenner se pasó la lengua por los rojos y sensuales labios y, mirándole a los ojos, ofreciendo al boxeador un mundo de promesas, respondió:

—Me gustaría invitarte a tomar el aperitivo y a comer.

—¿Dónde? ¿En un restaurante… o en su casa?

—Podríamos comer en una pizzería y luego ir a mí casa para tomar el café, porque imagino que tú no beberás alcohol, ¿verdad?

Aldo asintió a sus palabras y dijo:

—De acuerdo con lo de la pizzería y el café. Espéreme. No tardo ni un cuarto de hora.

El muchacho fue a los vestuarios, mientras Short Weston se acercaba a la viuda para colmarla de reproches.

—Un día, para que tú les admires, dos de mis muchachos pueden hacerse picadillo.

Ella le sonrió y trató de quitar importancia a la cosa. Lo consiguió fácilmente y media hora más tarde se encontraba sentada en una pizzería teniendo enfrente a Aldo, que se puso a comer con hambre atrasada y devoradora.

Después fueron a su casa con el pretexto de tomar café, pero cuando

ella dijo que iba a ponerse cómoda, Aldo la siguió hasta la alcoba y le dio una buena ración de lo que ella codiciaba.

Para la viuda Lenner, su nuevo hallazgo resultó una revelación. En Aldo encontró musculatura, pero también potencia sexual. Se le mostró rendida y agradecida, volcándose sobre el cuerpo del boxeador para gratificarle con aquellas caricias que se dicen tan propias de las francesas. Su lengua de movimientos vertiginosos descubrió a Aldo unos placeres insospechados, abriéndole horizontes eróticos que hasta entonces jamás había gustado.

Y cuando él hubo recobrado su vigor, para lanzarse a un nuevo asalto, Charlotte se creyó arrastrada al mundo de pasiones que deseaba, por lo que no le importaba pagar lo que fuese.

La viuda pagó a Aldo su tarde de placer, diciéndole que aceptase aquellos billetes para comprarse algo.

—En la tienda de Goldman tienen unos equipos de entrenamiento muy buenos… No te vendrá mal uno.

Efectivamente, a Aldo no le iría mal aquel equipo. Pero le iría mejor que durante casi un trimestre las tardes, después del gimnasio, las pasara en los brazos de la viuda.

La voracidad amorosa de Charlotte solo encontraba pareja en la fogosidad y la violencia de que hacía gala Aldo. Y ella, decidida a saborear el placer en todas sus variantes, se encargó de enseñarle al joven unos refinamientos eróticos y unas caricias de cuya existencia él no había tenido ni siquiera barruntos.

La viuda Lenner fue la verdadera maestra del boxeador en el arte de hacer el amor. Y él se mostró como un discípulo de lo más aprovechado. El placer fue mutuo, pero tuvo un fin cuando Short Weston se metió de por medio y le indicó a Aldo que, de seguir de aquel modo, ya podía dejar a un lado sus ambiciones en el boxeo y colgar los guantes. En vez de eso, lo que Aldo hizo fue dejar a la viuda. Pero pese a ello, nunca dejó de recordarla.

CAPÍTULO V

El primer asalto fue de tanteo. Ninguno de los millares de espectadores que llenaban el Madison Square Garden podía llamarse a engaño. Los dos púgiles se movieron con desconfianza por el *ring*, espiándose y estudiándose mutuamente. Solo de vez en cuando arriesgaron algún que otro golpe, para volver enseguida a encerrarse en sus respectivas guardias.

Aldo Lorussi sabía que debía perder aquel combate. Que no podía pasar del sexto asalto. Que era preciso que cayese a la lona, bajo un golpe de Strong Dog y que tendría que dejar que le hiciesen la cuenta completa. Tenía que escuchar el fatídico «diez». Solo entonces podría levantarse. Solo así volvería a ver vivo a Gino.

Sonó la campana que anunciaba el comienzo del segundo asalto. Obedientes a la voz que resonó en el amplio local, los segundos abandonaron a los boxeadores y dejaron que estos avanzaran para enfrentarse de nuevo.

Hubo un primer intercambio de jabs, como si ambos boxeadores quisieran entrar en calor. Aldo se fijó en la manera de combatir de su adversario. Le atacaba, sí, pero con mucha prudencia.

«No debe saber que el combate está decidido fuera de aquí —pensó irritado—. Cuando me vea caer delante de él se creerá, de verdad, que me ha vencido. ¡El muy cretino! no sabe que podría liquidarlo antes del quinto asalto. Con él no tengo ni para empezar…»

Aldo había descubierto ya los puntos flojos en la defensa de Strong Dog. No pudo evitar que una sonrisa burlona apareciese en sus labios. Lanzó una finta hacia la cara de su contrincante, para descargar enseguida su zurda en plena cara y hacerle tambalearse.

Los espectadores que llenaban el Madison vociferaron de entusiasmo. Quienes habían apostado por Aldo Lorussi empezaron ya a contar *in mente* sus beneficios.

Marcheggi miró preocupado a la cara de su pupilo. El golpe que acababa de dirigir a Strong Dog había dejado huellas en la cara de

este. Pero el promotor sonrió con amargura cuando vio que Aldo no se aprovechaba de la momentánea ventaja, dejando que el otro se repusiera de aquel golpe.

«Perderá… Lo ha decidido… Pero le duele… Este combate va a ser el peor de toda su vida», pensó, sin perder detalle de los movimientos de Aldo.

Sandy Wee, el favorito de un amplio sector del público, casi todo compuesto por gentes del Queens y de Richmond, acababa de encajar el primer golpe que le demostraba lo que pensaba antes de subir al *ring*. Aquel iba a ser un combate duro.

«Aunque Sarbanas diga lo contrario —pensó mirando con algo de temor al italiano—, me doy por contento si gano por puntos».

El púgil procuró cerrar más su guardia y confiarse menos. No podía arriesgarse a lanzar un golpe de suerte y estrellarse con la zurda de Lorussi. ¡Era demasiado peligrosa!

La actitud de Strong Dog no le pasó desapercibida a Aldo, que rio entre dientes y atacó con una serie de «uno-dos», que llevaron a Sandy hasta las cuerdas.

El segundo de Sarbanas se volvió a mirar a su jefe.

—Ese tipo está loco… ¿O es que no le importa su hermano?

—Tranquilo, Gregori. No te preocupes.

—Con el golpe de antes pudo dejarle fuera de combate, señor Sarbanas. Solo tenía que haber seguido pegando y Sandy no habría pasado del segundo asalto.

Sarbanas sonrió ampliamente. Mordisqueó su puro y dijo:

—No lo hizo, ¿verdad? Pues entonces no te preocupes.

Pero al ver que su segundo no parecía tenerlas todas consigo respecto al resultado de aquel combate, añadió displicente:

—Ese muchacho piensa en su futuro como boxeador y no quiere causar demasiada mala impresión al perder por *K. O. a*ntes del sexto. Lo que hace es puro teatro. Perderá aunque no le guste, aunque no quiera. Sabe muy bien lo que está en juego en este combate. Y quiere demasiado a su hermano. Perderá el combate para recobrarlo a él. Si ganase sería por pura casualidad, sin quererlo él.

—Yo no le veo tanto teatro como dice usted, señor Sarbanas. Fíjese en la ceja izquierda de Sandy. La tiene partida y está sangrando. No es un buen fajador y si Lorussi insiste demasiado lo

enviará a la lona a soñar con los angelitos. Puede que, como usted dice, el chico lo haga sin querer, pero como le dé con la zurda nos lo manda al cuerno. Y entonces, ¿qué?

—Ya sabe lo que pasará. Se quedará sin su querido Gino. Se lo devolvería castrado y medio muerto, para que acabase de morir en sus brazos. Y eso no le gustaría. Lo sé y también que perderá.

—¿De veras? —exclamó irritado Gregori—. ¡Pues fíjese en lo que está haciendo Lorussi ahora! ¡Ya vuelve a machacarle la cara otra vez! ¡Y no es teatro!

Sarbanas no replicó. Frunció el ceño y mordisqueó rabioso su puro. Incluso llegó a pensar si se habría equivocado respecto a Aldo.

Tal y como acababa de decir Gregori, el protegido de Sarbanas estaba recibiendo un duro castigo. Aldo parecía animado por una energía feroz, casi mecánica, que le llevaba a golpear con saña al otro, que tuvo que recurrir un par de veces al clinch para librarse de recibir un castigo mayor y quedar destrozado.

El árbitro les separó un par de veces y Aldo pasó enseguida de nuevo al ataque, exponiendo mucho, pero alcanzando en dos ocasiones más la cara de Strong Dog.

—Este Dog se está poniendo de lo más flojo. De «Strong» nada —comentó alguien del público, muy cerca de Sarbanas—. Nuestro Aldo lo está volviendo un Hot Dog.

Era cierto. Ya se veía flaquear a Sandy Wee.

Aldo estaba ganando aquel asalto a los puntos. Recibía un jab por cada dos o tres directos que propinaba a su adversario. Le acorraló una vez en su propio rincón y lo martilló a conciencia, pero, controlándose, a pesar de que pudo hacerlo, Aldo no colocó ni una sola vez su demoledora zurda en la cabeza de su contrincante.

Sonó la campana que anunciaba el fin del segundo asalto y los púgiles volvieron a sus respectivos rincones, para ser atendidos por sus cuidadores y segundos.

Marcheggi se acercó a su pupilo y le susurró al oído:

—Le estás castigando mucho, Aldo. Como el tercer asalto sea igual que el segundo, Sandy no llegará al final.

—¿Tú crees? —replicó Aldo mordisqueando la rodaja de limón que tenía en la boca.

—¡Claro que lo creo! Tiene la ceja izquierda abierta. Si le das otro golpe ahí empezará a sangrar como un becerro y quedará

medio cegado. ¿Qué harás entonces?

Aldo no replicó. Miró al rincón de su adversario. Le vio tal y como estaba en realidad, prácticamente vencido…

El recuerdo de otro combate le hizo estremecerse y temblar. Tuvo miedo por la suerte de Gino.

Más de cuarenta mil personas estaban aullando en el Estado Municipal de Filadelfia. Era el cuarto asalto y ya todos gritaban exigiéndole a Aldo Lorussi que machacase a su adversario que lo rematara de una vez.

Ed Kiesling estaba acorralado en uno de los rincones neutrales. Se zafó más mal que bien de aquel acoso y volvió al centro del cuadrilátero. Pero Aldo continuó acosándole y de un izquierdazo lo mandó de nuevo contra las cuerdas.

Un alarido del público coreó el golpe.

Aldo se lanzó decidido al ataque. Buscaba ya el golpe definitivo, el que decidiese el combate en aquel asalto. No quería que la campana librase a su contrincante y este pudiera recuperarse lo suficiente para llegar al quinto round.

El púgil de Filadelfia lanzó su derecha contra la cara de Aldo, que respondió rápidamente con un corto de su diestra, seguido de un fuerte directo con la zurda. Ed se tambaleó y cayó de rodillas. El árbitro se puso en medio obligando a Aldo a retroceder unos pasos. Empezó la cuenta para Kiesling, que seguía de rodillas, como si le faltasen las fuerzas para ponerse en pie.

—¡Uno!… ¡Dos!… ¡Tres!… ¡Cuatro…!

Un sector del público gritaba ya el triunfo de Aldo Lorussi. Otro sector increpaba a su favorito, a Ed, para que se levantara y continuara peleando.

—¡Pórtate como un hombre!

—¡Levántate ya, cobarde!

—¡No seas un marica!

Pero el árbitro seguía contando:

—¡Cinco…! ¡Seis…! ¡Siete…!

Haciendo un tremendo esfuerzo, Ed Kiesling logró ponerse en pie y el árbitro suspendió la cuenta, apartándose, y dejando que Aldo se lanzara de nuevo al ataque.

Ed esquivó la derecha de Aldo y trató de replicar con fuerza, pero su golpe fue un jab más que suave. Lorussi lo encajó sin pestañear siquiera

y se acercó temerario a él, manteniendo en alto sus brazos, cerca de la cabeza. Ed trató de colocar un directo, pero no pudo romper la guardia de su adversario. Quiso lanzar entonces su derecha, pero antes de que pudiera dejarla ir, Aldo lanzó demoledor su gancho izquierdo a su cabeza, alcanzándole de lleno, y Ed Kiesling cayó sobre la lona, completamente doblado.

La multitud que llenaba el Estadio Municipal prorrumpió en un rugido estremecedor.

Aldo dio media vuelta y se dirigió a su rincón. Le dio la espalda al contrincante caído, seguro de que esta vez no podría levantarse antes de que el árbitro acabara la cuenta de los diez.

Con los guantes apoyados en las cuerdas de su esquina, sin volver la cara, Aldo hizo unas flexiones, mostrando así al rugiente público que él estaba en plena forma. De todos modos, eso saltaba a la vista, porque apenas tenía el cuerpo sudado.

El árbitro seguía contando con voz potente y pausada. Ya había rebasado la mitad y el fin era inminente.

—¡Seis…! ¡Siete…! ¡Ocho…! ¡Nueve…!

Cuando el árbitro exclamó «¡diez!» todo el público se puso en pie para aclamar al indiscutible vencedor.

Ed Kiesling seguía caído en la lona sin hacer el menor movimiento. Allí no había tongo, ni trampa, ni cartón. El púgil estaba sin conocimiento y su segundo y el cuidador saltaron al ring, para recogerle y llevarlo a su rincón.

El árbitro había cogido la muñeca derecha de Aldo y la alzaba sobre su cabeza proclamando su victoria. Después se hizo a un lado mientras Aldo juntaba sus manos y agitaba los brazos en señal de victoria. Aldo saboreaba las mieles del triunfo girando sobre sus pies en medio del ring. Oía complacido las aclamaciones del público. Pero en una de esas vueltas dirigió una mirada al rincón de Kiesling.

Lo que vio le hizo palidecer.

El médico oficial del estadio estaba en la esquina de su contrincante y le estaba poniendo una inyección.

Instintivamente, Aldo bajó los brazos y fue hacia aquel rincón. Dos hombres se acercaban corriendo, llevando una camilla. Los amigos de Kiesling estaban ayudando a su segundo y a su cuidador a bajarlo cuidadosamente del ring.

Desde lo alto del cuadrilátero, con expresión dolorida, Aldo vio

cómo se llevaban al hombre que acababa de derrotar. Los gritos de la enfervorizada muchedumbre le obligaron a volver al centro para saludar una vez más, pero enseguida corrió a los vestuarios.

Lo primero que hizo fue preguntar por Kiesling.

—¿Cómo está? ¿Qué le ha pasado?

Sal Marcheggi le puso una mano en el hombro y respondió:

—Todavía no se sabe, pero parece que le diste bastante fuerte. Aún no ha vuelto en sí.

Luego, al ver que Aldo hacía ademán de salir, le sujetó por el brazo, diciéndole:

—Dúchate primero y luego ve a verle, si quieres.

Aldo obedeció y pasó a la ducha, pero no quiso que le dieran el masaje acostumbrado después de un combate. Se puso una toalla sobre la cabeza, enrollándola luego al cuello, se endosó el albornoz y fue al vestuario de Kiesling.

Ya no encontró a su derrotado contrincante, pero sí a algunos de sus amigos que comentaban lo ocurrido. Uno de ellos le miró con cierto odio, pero los demás lo hicieron con respeto. Estaban ante un auténtico campeón.

—¿Dónde está Ed? —les preguntó.

El que le había mirado con odio respondió:

—Se lo han llevado al hospital.

—¿Por qué?

—Tiene conmoción cerebral.

Aldo dio un paso atrás, como si acabasen de golpearle a él en el cráneo. Se acordó de su hermana Valentina y del hombre que estaba con ella en la cama, aquel a quién mató a puñetazos.

«¿Habré matado también a este…?»

En aquel momento entró en el vestuario un sacerdote.

—Me han dicho que viniese aquí. ¿Quién me necesita?

El hombre miraba a su alrededor buscando a la persona que precisaba de sus auxilios. Se le informó de que ya no estaba allí, que debía ir al hospital, que Ed Kiesling precisaba de los auxilios de la religión. El sacerdote parpadeó un momento y miró luego a Aldo. No lo hizo de modo acusador, pero el vencedor del combate bajó la cabeza.

Cuando el sacerdote salió del vestuario de Kiesling, Aldo marchó tras él y regresó al suyo.

Nadie habló mientras se vestía. Los presentes respetaban su silencio,

comprendiendo que lo ocurrido le había afectado. Marcheggi terminó de mordisquear la colilla de su puro y encendió otro.

Aldo rechazó otra vez al masajista y se encaró con Sal.

—Quiero ir al hospital.

—¿Para qué has de hacerte mala sangre?

—¡Quiero ir a ver a Ed!

—Está bien, hombre —replicó Sal Marcheggi—. ¡No hace falta que te sulfures! Te acompañaré ya que es tu gusto, pero que conste que es ganas de pasar un mal rato. Puede estar su mujer… o su madre… o alguien de su familia.

—No importa. Necesito saber que puede curarse.

Marcheggi se encogió de hombros y tiró al suelo el puro, aplastándolo rabioso con el tacón de su zapato.

—De acuerdo, campeón. Iremos a verle…

El promotor encendió el cuarto puro de la noche mientras acompañaba a Aldo fuera del Estadio Municipal. Subieron en su coche y Sal condujo hasta que llegaron al hospital. Durante el camino no hablaron ninguno de los dos. Marcheggi creyó inoportuno mencionar aquel combate cuya victoria había tenido un final que tanto afectó a su pupilo. Y Aldo no dejó de pensar en que tal vez aquel fuese el segundo hombre al que hubiese dado muerte con sus puños.

Antes de salir del coche, Aldo se miró los puños.

«Llevo la muerte en ellos —pensó, recordando lo que le dijo aquel día su hermana Valentina—. ¡Y quizá hoy he vuelto a matar!»

Mientras se alejaban del coche, vieron que un grupo de personas salían del hospital. Fueron hacia el corro que acababan de formar para preguntarles, pero no necesitaron hacerlo. Oyeron los comentarios que hacían y supieron ya lo que había ocurrido.

—Tenía un coágulo de sangre en el cerebro.

—El cirujano dijo que no había nada que hacer.

—Es verdad. Estaba ya muerto antes de entrar en el quirófano. ¡Murió en el ring!

—Recibió un golpe que no lo habría soportado ni un mulo.

Aldo no quiso oír más. Dio media vuelta y casi corrió hacia el coche de Sal. El promotor tiró el puro al suelo para ir tras él. Le alcanzó cuando ya Aldo apoyaba sus manos en el auto y prorrumpía en sollozos como si fuera un niño.

—Lo he matado… Lo he matado…

Marcheggi puso una mano en sus hombros y apretó con fuerza sin que Aldo se diera cuenta de que estaba allí, a su lado. Le habló, pero tuvo que repetir sus palabras para que su pupilo le oyese.

—Fue un accidente, Aldo. ¡Tú no eres responsable!

Aldo se volvió hacia él y le miró como si fuese aquella la primera vez que veía a su promotor. Abrió la boca como si fuese a hablar, pero luego cerró con fuerza los labios.

«.Marcheggi no sabe… no sabe que ya maté a otro hombre… Él no imagina lo que estoy pasando…»

La cara descompuesta de Aldo impresionó al promotor. Le palmeó la espalda y le habló como si fuera un chiquillo que acabase de hacer una travesura.

—No pienses más en eso. Vamos a casa y trata de dormir un poco. Ya verás cómo mañana te parece todo diferente…

Aldo se dejó conducir como un autómata. Entró en el coche y se sentó al lado de Marcheggi. Antes de poner el auto en marcha, Sal miró de reojo a su pupilo. Le preocupaba la emotiva reacción de este. Aquello iba a representar un posible aplazamiento de los combates ya programados, o también un posible fracaso por miedo a matar a su contrincante. De las dos posibilidades, la primera era la más aceptable. Una derrota no le interesaba ni a él, como promotor, ni a Aldo Lorussi como posible candidato a los campeonatos nacionales.

Marcheggi condujo en silencio y al detener el coche delante del hotel donde estaban alojados, mientras salía del vehículo, le hizo seña al portero para que se acercase.

—Ocúpese de que alguien lleve mi auto al parking. No puedo separarme de Lorussi.

—Lo comprendo, señor Marcheggi —dijo el hombre con acento grave —. Oímos el combate por radio y sabemos ya lo que le ha sucedido a Kiesling. ¡Ha sido una desgracia!

Marcheggi respondió con un gruñido y cogió del brazo a Aldo para entrar juntos en el hotel.

En el vestíbulo había gente formando corros y haciendo comentarios vehementes. Todos callaron al ver entrar a los dos hombres. Pero si antes de llegar Aldo estaban airados, al ver su cara reaccionaron compadeciéndole.

Quizá Lorussi podía regocijarse de su victoria en el cuadrilátero, porque, a fin de cuentas, aquello era lo que había deseado tanto. Sin

embargo no era así. No podía disfrutar de su triunfo. No podía saborear una victoria que te había costado la vida a un hombre.

«Ed no era mi enemigo… ¡y yo le he matado!»

Aquel pensamiento estaba impreso en el cerebro de Aldo, con tanta fuerza quizá como la del coágulo que había segado la vida del otro boxeador.

Con los ojos enrojecidos, Aldo entró en el ascensor, dejando que Sal pulsase el botón de su piso, y le cogiese del brazo para conducirle hasta su habitación. Entraron juntos en ella y Aldo se dejó caer en un sillón, como si se le hubieran agotado las fuerzas.

En aquel momento sonó el teléfono.

Marcheggi se apresuró a coger el aparato y responder antes de que Aldo lo intentara.

Quien llamaba era el cuidador de Aldo, que estaba preocupado por este.

—Me tranquiliza saber que está usted con él —dijo—. ¿Necesita algo, señor Marcheggi?

Sal miró hacia la butaca donde estaba derrengado el púgil, y habló en voz baja:

—Aldo está muy afectado por lo sucedido…

—¡Y es natural! —cortó el otro—. Todos los días no se mata a alguien en el ring.

Marcheggi hizo caso omiso del comentario.

—No estaría de más que me trajeras algo para que pudiese dormir. Ahora eso es lo que le hace más falta.

—Si usted lo pide…

—¡Naturalmente que te lo pido! ¡No podemos dejar que se atormente tanto que no pueda volver a pelear!

—Bien… si la cosa es tan grave, subiré ahora mismo. Le daré algo que le hará dormir como un angelito, sin pesadillas.

—De acuerdo. No te retrases.

Sal cortó la comunicación y se volvió hacia el pasillo. Aldo ni siquiera se había movido. Estaba sumido en sus pensamientos. En sus más negros pensamientos.

Hasta aquel momento, Aldo había procurado olvidar el incidente con el cliente de su hermana. Hasta que llegó este combate, con su victoria, él había estado orgulloso de sus puños. Los contemplaba con el mismo cariño y afecto con que podría hacerlo un obrero al mirar sus

herramientas de trabajo, unas herramientas muy eficaces, seguras y rápidas.

Pero ahora, después de la muerte de Ed Kiesling, había redescubierto que sus puños eran armas mortales. ¡Armas asesinas!

Dejó escapar un gruñido y murmuró:

—Tengo sed… Me arde la boca…

Rompiendo las normas habituales, Sal abrió la nevera que había en la habitación y cogió una botella de cola y otra de ron blanco. Mezcló los dos líquidos en un vaso y se lo ofreció a Aldo.

—Toma, bebe… Esto te quitará la sed y te calmará.

Aldo no lo pensó dos veces y tragó la mitad. Entonces llegó su cuidador con un tubo de pastillas. Le ofreció un par de ellas.

—¿Qué es eso?

—Te hará dormir. No te preocupes.

Aldo se encogió de hombros y se tragó las dos pastillas con el resto del «cubalibre». Luego, siguiendo los consejos de Sal, se desnudó. Se puso el pijama y se metió en la cama.

—Ya podéis marcharos —dijo a los otros—. Y gracias por haberme acompañado.

El cuidador y Sal se resistieron a irse antes de verle dormido. Pusieron varios pretextos y solo se fueron cuando él hubo cerrado los ojos y empezó a roncar plácidamente.

CAPÍTULO VI

Sonó la campana, los segundos saltaron fuera del *ring*, y comenzó el tercer asalto. Strong Dog se lanzó al ataque de inmediato, pero Aldo lo frenó con unos cuantos directos.

«No tengo ni para empezar con él —pensó disgustado Lorussi—. ¡Y, sin embargo, he de perder!»

Aquella idea martilleaba ya su cerebro.

Aldo había asimilado lo que le dijo Marcheggi en su rincón. Si castigaba a su contrincante como en el segundo asalto, este no podría vencerle, ni tirarle a la lona. Y si él se dejaba caer se vería el engaño. La multitud que ahora estaba callada rugía como si estuviese compuesta por fieras.

«Tengo que hacerlo de manera que no se vea que el combate está vendido… ¡Vendido…! ¡Y a qué precio, maldita sea!»

Aldo abrió ligeramente su guardia, para facilitarle las cosas a Sandy Wee. Pero este sintió recelos de que el otro se mostrara confiado y temió una finta que le costara un disgusto. Metió el puño entre las manos de Aldo y le alcanzó en la mandíbula. No fue un golpe fuerte. Solo un jab de lo más corriente. Pero Lorussi retrocedió y abrió más su guardia, como si Sandy le hubiese alcanzado de lleno en mitad de la cara, en vez de hacerle una simple caricia.

Sandy fue el primer sorprendido del resultado aparente de aquel golpe. Creyó que de verdad le había hecho a Aldo más daño del que se imaginaba. Se enceló y lanzó una serie de golpes cortos, rápidos de derecha e izquierda, que Aldo no paró debidamente, permitiendo que varios de ellos le alcanzasen en la cara y el pecho.

Un gancho izquierdo conectado por Strong Dog hizo que Lorussi se tambaleara.

La multitud lanzó un alarido ensordecedor.

El golpe encajado por Aldo había sido real. Un gancho potente y auténtico. Pero lo asimiló porque sabía que el público era consciente de que él podía absorber bastante castigo. Un golpe

como aquel tan solo no podía bastar para ponerle a merced de su contrincante. Sandy tenía que machacarle más para que resultase verosímil que él se dejara caer a sus pies, sobre la lona.

Aldo contraatacó en apariencia, pero sin aplicar toda su fuerza a los puños. Dirigió golpes suaves a la cabeza de su adversario, aunque evitando alcanzar otra vez su ceja izquierda. Tenía presentes las advertencias de Marcheggi. El público gritaba pidiéndole que machacara a Strong Dog. Se oían alaridos que señalaban los puntos débiles de Sandy Wee. Esos estaban más que claros para Aldo, pero no se molestó en hacer mella allí donde sabía que un golpe podía ser demoledor. Boxeó con destreza, manteniéndose fuera del alcance de Strong Dog, para entretener el combate y darle tiempo a este de recuperarse más.

El combate estaba entrando en una fase aburrida. No había la menor espectacularidad en el encuentro. Los dos púgiles parecían haber vuelto a la táctica del primer asalto, la de estudiarse, y ninguno de ellos se lanzaba a buscar el que pudiese resultar un golpe definitivo. Empezaron a oírse algunos murmullos entre el público. Eran gruñidos de descontento. Alguno de los espectadores se puso en pie y vociferó insultante. Otros le hicieron coro. Los púgiles se oyeron llamar de todo, desde gallinas y maricas, hasta bailarines y cobardes.

Aldo comprendió que aquello podía resultar perjudicial para su futuro. Se mordió los labios y contraatacó de nuevo, enviando a Sandy contra las cuerdas.

El público gritó entusiasmado. Lorussi parecía estar volviendo por sus fueros. Pero sonó la campana y terminó el asalto. Los dos púgiles regresaron a sus esquinas y se pusieron en manos de sus segundos y cuidadores.

Marcheggi volvió a hablar con su pupilo.

—Este asalto ha sido flojo y Sandy debe haberse recuperado.

—¿Te ha parecido bien?

—A mí no, porque yo sé que podías habértelo quitado de encima a medio asalto, pero el público no se da cuenta de lo que aquí está pasando. ¡Y ojalá sea así cuando lleguemos al final de esta porquería! Si se huelen el tongo son capaces de hacernos pedazos a todos.

Aldo hizo una mueca y respondió:

—Ahora le dejaré que me machaque… Pero todavía no caeré. He de hacer bien mi papel.

—No te excedas y dejes que Sandy te haga puré. Solo tienes que esperar un golpe espectacular y luego tirarte al suelo. Siempre podremos encontrar alguna excusa médica para justificar que hoy no estuvieses en tu mejor forma. Tal vez una digestión pesada… o una mujer… Lo que sea, Aldo.

—No te preocupes. Aguantaré este asalto y el siguiente. Me dejaré caer en el sexto.

Marcheggi no dijo nada. Se limitó a gruñir y se bajó del rincón, para volver a su asiento.

Sonó la campana y empezó el cuarto asalto.

Strong Dog se había recuperado ya tal y como esperaba Aldo. Se lanzó a un ataque fiero. Comenzó por penetrar la clásica forma de boxear de Lorussi y llegarle sólidamente al cuerpo. Aldo empezó a sangrar por la nariz, pero no por eso retrocedió visiblemente ante el empuje de su contrincante. Inició unos débiles contraataques, que le valieron un mayor castigo. Su contrincante creía estar agotándole…

Para algunos de los espectadores la cosa empezaba a estar clara. Lorussi estaba siendo superado por un boxeador más científico y de una pegada que si no era espectacular, debía ser dura a juzgar por sus resultados. Otros pensaban que Aldo se había hecho demasiado el gallito y estaba recibiendo una severa lección. Algunos creyeron que había bajado de forma y que por eso no encontraba la manera de meter sus puños y de colocar la zurda, aquella que los incondicionales de Lorussi llamaban su *favorite bomb*.

Sandy tomó por su cuenta el responder a las dudas y preguntas del público. Atacó con fiereza y aprovechó la guardia baja de Aldo para conectarle un derechazo en la mandíbula, enviándolo a la lona.

Lorussi se tambaleó antes de caer y braceó como si sus músculos no le respondiesen. Dobló las rodillas y cayó de bruces.

El árbitro se interpuso entre el caído y Strong Dog, e inició la cuenta, mientras el público aullaba a más y mejor.

—¡Uno…! ¡Dos…! ¡Tres…!

En el suelo, Aldo mantenía los ojos entrecerrados. No quería abrirlos del todo para no ver la sonrisa triunfante en la cara de Sandy. Sabía que se la podía borrar de un solo golpe, pero ese sería

mortal o castrador para Gino. Apretó con fuerza los labios y dejó que el árbitro continuase su cuenta hasta llegar a ocho. En ese momento se puso en pie y en guardia, esperando la acometida de Sandy.

Aldo cambió algunos golpes con su contrincante, manteniéndole un poco a distancia, hasta que sonó la campana anunciando el final del cuarto asalto.

Mientras se sentaba en su rincón, Aldo miró en torno suyo. Vio a Sarbanas y al guardaespaldas que le acompañaba siempre. Y también a Gregori, el perro que le servía de segundo.

«Están ahí para cerciorarse de que pierdo…»

Volvió la cara al *ring* y mordió con ansia la rodaja de limón. Esta vez, Marcheggi no subió a su esquina para decirle nada. ¿Para qué hablar más…? Los dos sabían que el final se acercaba ya a pasos agigantados.

Al sonar la campana que anunciaba el quinto asalto, Aldo saltó hacia el centro del *ring* como si hubiese recuperado sus fuerzas. Inició el ataque, pero con la guardia tan descuidada que a Strong Dog no le resultó difícil conectarle una potente derecha en la cabeza, que paró los impulsos de Lorussi.

A continuación, Sandy contraatacó con todas sus fuerzas. Alcanzó un par de veces a Aldo, llevándole hacia las cuerdas, y obligándole a buscar respiro en el clinch.

Muchos de los admiradores de Lorussi estaban asombrados y decepcionados por la marcha del combate.

Sarbanas fumaba su puro con voluptuosidad y miró a su segundo con aire de hombre superior.

—¿Qué? ¿Pasa lo que yo dije?

Gregori sonrió, humilde y obsequioso.

—Sí, señor Sarbanas. Justo como usted lo anunció. Lo de antes era teatro… puro teatro…

—Igual que lo de ahora —replicó el hombre del puro—. Aunque no te lo parezca, ese Lorussi está más entero que nuestro Sandy. De no ser por lo que es, apostaría por él seguro de que podía liquidar al imbécil de Strong Dog de un zurdazo. Es mejor boxeador como de aquí a Lima. Y encaja muy bien…

Los dos hombres dejaron de hablar para observar el desarrollo del quinto asalto.

Sandy parecía haberse desencajado, abriendo fuego con una cadena de izquierdas y derechas que produjeron la sensación de que Aldo envejecía o perdía facultades, a la vista del público que llenaba el Madison Square Garden.

Hubo un momento en que pareció que Aldo preparaba una finta para Sandy, abriéndole completamente la guardia, pero que no podía capitalizar aquella ventaja lanzando su demoledora zurda. Strong Dog se había cubierto a tiempo, para replicar luego con otra serie de «uno-dos» que llevaron a Lorussi hacia las cuerdas, recurriendo de nuevo a protegerse con el clinch.

Al separarlos el árbitro, Aldo mantuvo por unos segundos los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como si le costara un gran esfuerzo levantarlos a la altura de su cabeza. Sandy cargó enseguida contra él y metió un puño entre los guantes de su contrincante.

Con una serie de crochets de izquierda y de directos de derecha, Strong Dog abrió por completo la guardia de Lorussi. Sus puños alcanzaron varias veces la cara de Aldo, con una fuerza que para otro hubiera resultado demoledora. Luego, dos veloces ganchos de izquierda enviaron a Lorussi contra las cuerdas, pero sin hacerle caer todavía, aunque dejándole como atontado.

Strong Dog pareció que hacía una pausa, como si estuviese convencido ya de su victoria y esperase que Aldo se derrumbara. En vista de que no era así, Sandy atacó de nuevo con renovada fuerza y descargó un tremendo derechazo en la cara de Aldo.

El impacto se oyó en el Madison como si fuera el estallido de una bomba. Un sordo gruñido que creció entre el público degeneró en una serie de alaridos bestiales. La gente parecía gritar ya la victoria de un nuevo campeón. Los espectadores, versátiles siempre, estaban cambiando de favorito. Aldo Lorussi estaba siendo derrotado. ¡La victoria iba a ser para Strong Dog!

Los nuevos golpes de Sandy hicieron mella en Lorussi. Dos crochets le hicieron vacilar delante de su adversario. Un directo en la mandíbula y Aldo se dobló contra las cuerdas, con la cabeza colgando al extremo del cuadrilátero y los pies temblando sobre la soga interior.

Aldo reaccionó impulsándose hacia dentro, pero fue para caer otra vez sobre la lona. El árbitro le empezó la cuenta hasta llegar a ocho. Sonó la campana y terminó el asalto, con lo que Aldo pudo

incorporarse para volver a su rincón.

El resultado del combate parecía claro para la inmensa mayoría de los espectadores. Sarbanas se rio al hablarle a su segundo:

—Nuestro amigo quería cumplir en este asalto, pero la campana se lo ha impedido.

—Ya está «sonado»…

—No lo creas, Gregori. Te dije antes y te lo repito que es un boxeador de una pieza. Si le dejásemos podría con Sandy. Estoy seguro, pero cumplirá como bueno. No pasará del sexto.

Sonó la campana y comenzó el sexto *round*.

Aldo avanzó hacia el centro del cuadrilátero con los puños cubriéndole la cara, en una guardia que aparentemente era muy cerrada. Strong Dog la abrió con demasiada facilidad y apuñaló a su contrincante con un directo al corazón, seguido por otro derechazo que le rajó la ceja derecha a Aldo, después de lo cual siguió machacándole la cara a placer.

El italiano había vuelto contra las cuerdas. Sandy sabía muy bien cómo peleaba aquel y aguardó a que Aldo se sepa rase un poco. Entonces dirigió una finta a la cabeza. Lorussi dio un paso a la derecha para esquivar, y Strong Dog metió la derecha, alcanzando a Aldo en la mandíbula. La cabeza de Lorussi se fue para atrás y cayó sobre la lona como herido por un rayo.

Sandy Wee se dirigió calmoso hacia su esquina y escuchó al árbitro que comenzaba la cuenta. Aldo continuaba caído en el suelo, escuchando los números que iban progresando. Miró a través de sus párpados entrecerrados a su contrincante que, con una guardia baja, parecía esperar por si él se levantaba.

«Cochino asqueroso… Podía machacarte si me venía en gana… Puedo deshacerte si quiero…»

Pero Aldo no podía desear que Sarbanas asesinara o castrase a su hermano Gino. Movió su cuerpo hacia las cuerdas y apoyó la derecha en una de las sogas, como si tratara de levantarse.

La cuenta había llegado ya a ocho.

Aldo se incorporó un poco más. Apoyó un pie en el suelo y pareció que conseguiría ponerse en pie. Pero entonces, entre los clamores del público, se dejó caer de bruces y abrió los brazos quedando inmóvil encima de la lona.

El árbitro contó diez y el público vociferó la victoria de Sandy

Wee, que levantaba ya sus dos brazos para agradecer los vítores y los aplausos y los silbidos de la enfervorizada gente.

Aldo fue ayudado por su cuidador y se puso en pie, dirigiéndose a la esquina. Le pusieron una toalla sobre la cabeza y el albornoz. Antes de que saliera del *ring*. Luego Sandy se le acercó como un buen compañero y le dio unas palmadas afectuosas en la espalda. Aldo no le contestó y saltó fuera del cuadrilátero.

El público empezó a desfilar y poco a poco se fue vaciando el Madison Square Garden. Desde la puerta que daba a los vestuarios, Aldo vio cómo Sarbanas y sus acompañantes se dirigían a la salida. El hombre del puro alzó la mano y le hizo un gesto que indicaba su conformidad. Aldo agachó la cabeza y giró sobre sus pies para dirigirse al vestuario. Marcheggi le estaba esperando ya. Le miró a los ojos inquisitivo y Lorussi hizo un gesto de asentimiento.

—He salvado a Gino…

No añadió una palabra más y se tendió en la mesa de masaje, poniéndose en manos de su cuidador y del médico, que estaba mirándole la herida de la ceja.

—No ha sido grave —dijo el doctor con aire tranquilizador—. Un par de puntos y asunto concluido.

Aldo no replicó. No tenía ganas de hablar. Veía cómo el vestuario estaba casi vacío. No lo llenaba la gente como su cedía cuando él vencía en el *ring*. Esta vez era él el derrotado y quién tendría abarrotado el vestuario sería Sandy Wee.

Hizo una mueca mientras el médico terminaba su trabajo.

—Ya está —dijo el doctor—. Dentro de una semana estarás como nuevo y podrás pelear otra vez.

Nadie contestó. Después de la aparente derrota que acababa de sufrir, ¿quién podía pensar en una pelea de revancha, que era la única que le importaba a Aldo en aquellos instantes?

Lorussi miró a su promotor. Este se encogió de hombros y mordisqueó su puro. Luego le palmeó el pecho, mientras el masajista se las había con las musculosas piernas.

—No te preocupes, Aldo. Combinaré un par de peleas y luego te las verás con ese Strong Dog.

—Gracias, Sal, pero procura que sea pronto. Esa es una espina que me quiero sacar lo antes posible.

—Lo comprendo.

—Bien. Vamos a casa —dijo Lorussi, sentándose en la mesa de masaje—. Tengo ganas de recibir a mí hermano.

CAPÍTULO VII

Aldo se despertó a las siete de la mañana. Casi inmediatamente, saltó de la cama. Él no era de los que, una vez despiertos, se quedan unos minutos más tumbados. Fue hacia la ventana abierta y respiró con fuerza. Después se encaminó al armario y se puso la blusa y los pantalones de algodón, calzándose unas botas de lona. Pasó por la cocina para beber un zumo de naranja y salió a la calle. Su entrenador, Timmy, le estaba esperando.

Timmy vestía también el atuendo apropiado para correr. Pero además llevaba una gorra de visera encasquetada hasta las orejas. Aldo le saludó con un gesto amistoso y corrió hacia él. Se dieron la mano y salieron juntos en dirección al parque.

Los dos hombres corrían a un trotecillo corto, para calentar sus cuerpos. Después hicieron un sprint de cien metros, y luego siguieron con la marcha atlética, para hacer un nuevo sprint de doscientos metros y continuar con ejercicios gimnásticos de brazos, saltos y posturas forzadas, sin dejar de correr.

Durante una hora y media estuvieron corriendo hasta que regresaron a casa de Aldo, sudorosos y algo jadeantes.

Timmy y él se ducharon con agua caliente primero y fría después. Luego se sentaron a desayunar. Nadia, la nueva compañera de Aldo, había hecho café y frito unos huevos con bacón, y preparado un plato de copos de avena con leche malteada.

Aldo comió con apetito.

—¿Te ha dicho algo Marcheggi de mi próximo combate? —le preguntó a Timmy.

Este movió la cabeza negativamente y siguió desayunando.

Aldo pensó en lo que había sucedido las últimas semanas. Sostuvo dos combates con boxeadores que eran muy inferiores a él. Les había dejado *K. O. e*n el tercero y quinto asaltos. Aquello le había quitado un poco el mal sabor de boca respecto a su combate con Strong Dog. Pero la espina que este le había clavado seguía haciéndole daño. Lo único que podía consolarle era saber que Gino

volvía a estar con él, entero, aunque con las orejas caídas porque conocía el precio de su rescate.

Cuando terminó de desayunar, Aldo se despidió de Timmy, quedando en verse a las once en el gimnasio. Entonces fue a despertar a su hermano. No le sorprendió ver que había una mujer desnuda en su cama. Eso era habitual en Gino.

Aldo zarandeó a su hermano, que parpadeó mientras se despertaba. Luego preguntó:

—¿Por qué me llamas tan pronto?

—Hoy es el día, Gino. Tenemos mucho que hacer.

—¿Hoy? —repitió Gino, como si le molestase algo—. ¿No lo podríamos dejar para mañana?

Aldo negó con un gesto de cabeza.

—Lo tengo todo preparado. Te irás en un carguero y nadie lo sabrá. Ni Sarbanas ni su gente tendrán idea de dónde estarás los próximos meses. Quiero tener las manos completamente libres. Ya lo sabes.

—Está bien. Tú mandas…

Gino se levantó a regañadientes, pero no se atrevió a insistir en sus protestas. No sabía con exactitud lo que se proponía hacer, pero barruntaba que lo que fuete no sería muy agradable para Sarbanas y sus amigotes.

No le disgustaba que Aldo quisiera vengarse. Incluso le habría gustado estar presente en el momento oportuno, pero, pensando en su integridad física, su egoísmo le llevaba a desear estar lejos de Nueva York cuando empezara la «fiesta».

Después de ducharse, Gino se vistió en la alcoba donde su acompañante de aquella noche seguía durmiendo como si tal cosa. Miró a su hermano y, señalando a la chica, preguntó:

—¿Puede quedarse en la cama un rato más o he de despertarla? ¿La quieres para pasar un rato con ella?

Aldo respondió con una mueca.

—Tengo bastante con Nadia. No necesito a ninguna de tus golfas. Y esa que tienes ahí no es otra cosa.

—¿Una golfa? —repitió Gino, amostazado—. ¡Tú estás loco!

Gino se acercó a la cama y apartó las sábanas, mostrando el cuerpo desnudo de la durmiente.

—Fíjate qué carne y qué piel tan suave… Y las curvas. ¿Qué me

dices de ellas? ¿No te atraen?

Aldo se encogió de hombros, mientras su hermano añadía:

—Y lo de que es una golfa, ¡nada de nada! El padre de esta chica es un corredor de Bolsa. Es socio de media docena de clubs de categoría, de esos donde ni tú ni yo podemos asomar las narices porque nos darían con la puerta en ellas.

Aldo hizo un gesto de impaciencia.

—Deja de decir tonterías, que el tiempo corre y no podemos malgastarlo. Tapa a la chica para que no se enfríe y no te preocupes por ella. Nadie se encargará de darle el pasaporte cuando despierte. Pero tú y yo tenemos que irnos ya.

Gino dejó de perder tiempo y acabó de vestirse. Se reunió con su hermano en el recibidor, donde Aldo se despedía de Nadia.

—No me esperes a comer. Desde el puerto iré directamente al gimnasio. Confío que Marcheggi me dé ya noticias del combate de revancha con Strong Dog.

Nadia miró en dirección al dormitorio de Gino.

—¿Y la amiguita de tu hermano?

—Déjala que duerma hasta que se canse. Dice Gino que es una chica de la alta. Y ya sabes, esas están acostumbradas a dormir hasta mediodía. No te molestará mientras duerme. Cuando despierte, la largas con viento fresco. ¡Y a otra cosa, mariposa!

—¿Qué le digo si pregunta por tu hermano?

—Que se ha ido a Terranova a pescar, o al Japón a comprar transistores. Dile lo que te parezca, pero no se te ocurra nombrar Europa para nada. ¿Está claro?

Nadia asintió y se abrazó a él, besándole en los labios. Luego, mientras se frotaba contra su cuerpo, le dijo:

—Anoche me hiciste muy feliz…

—Tú también a mí, pero ahora tengo trabajo. No me tientes, muñeca, porque el horno no está para esos bollos.

Nadia se mordió los labios con gesto de despecho y se hizo a un lado para dejarle salir y reunirse con su hermano.

Aldo cogió el coche y enfiló hacia el puerto. Aparcó a unas cuantas manzanas y los dos hermanos continuaron a pie. El hombre que esperaba a Lorussi estaba delante del tinglado cinco. Los dos se dieron la mano y con aquel gesto rubricaron el trato. Aldo le entregó un fajo de billetes que llevaba en el bolsito de su chaqueta.

—Cuéntalos —dijo—. Está lo que pediste.

—No hace falta, Lorussi. Sé que eres hombre de palabra.

Luego, mirando a Gino, preguntó:

—¿Es este el pollo que necesita cambiar de aires?

—Sí. Sus documentos están en orden. Se llama Tino Crozetti y va a Niza a reunirse con su familia. Pero tú lo dejarás en Marsella, como hemos convenido.

—De acuerdo —replicó el marino, y dirigiéndose a Gino, añadió—: Vamos, pollo. Se nos hace tarde y has de encerrarte en mi camarote antes de que lleguen los demás. No saldrás de él hasta que hayamos salido de las aguas jurisdiccionales americanas. ¿Está claro?

Gino asintió, volviéndose luego hacia su hermano.

—Adiós, Aldo. Siento que por mí culpa…

—Deja de decir tonterías y vete. Sabes que necesito estar tranquilo respecto a ti. Telegrafía al *signore* Crozetti en cuanto estés en Marsella. Él nos ha dado la documentación de su hijo Tino y es de fiar. Además, nadie sabe que somos muy amigos.

—No te preocupes, telegrafiaré.

—Y no hagas más locuras. No podré estar cerca de ti para ayudarte. A partir de ahora tendrás que arreglártelas tú solo.

—Me las arreglaré, queda tranquilo.

—Si te hace falta dinero, escríbeme a través del pizzero. Nunca lo hagas a casa. ¿De acuerdo?

—*Okay,* hermano.

Gino y Aldo se dieron un fuerte abrazo y se separaron. Gino se fue con el marino hacia el carguero que debía llevarle a Europa. Aldo se quedó viéndole alejarse.

Cuando perdió de vista a Gino, dio media vuelta y regresó a su coche. Al poner las manos en el volante, sus labios se curvaron en una mueca y, entre dientes, murmuró:

—Ahora podremos vernos las caras, Sarbanas. No me conformo con tomar mi revancha con Strong Dog. ¡Tú me las tienes que pagar todas juntas! ¡Todas!

Y después de poner el coche en marcha, Aldo pisó el acelerador, dirigiéndose hacia el gimnasio, donde ya le estaban esperando Timmy y su promotor.

—¿Han aceptado por fin? —preguntó a Sal.

—Sí, Aldo. Han fijado el combate de revancha para dentro de dos meses. Mientras tanto pelearás con Schauss *The Knickerbocker*.

—¿Con el holandés? ¡No me durará ni tres asaltos!

—Así lo espero. Eso facilitará las cosas para tu encuentro con Sandy Wee.

—De acuerdo, Sal. ¡De acuerdo! Iré ligando un *K. O. d*etrás de otro hasta que machaque a Sandy. Lo siento por él, pero lo haré papilla. No presumirá mucho de haberme quitado de en medio una vez.

La mirada fiera de Aldo Lorussi auguraba lo peor para el púgil que le había derrotado en el *ring*, porque le habían chantajeado, pero también representaba mucho más para el verdadero culpable de todo aquello: Fred Sarbanas.

* * *

Cuando el camarero trajo los postres, Lena ya estaba ebria. No era aquella la primera vez que se emborrachaba, pero no le importaba. Aún no había podido olvidar a aquel chico encantador que se llamaba Gino, con el que Fred la sorprendió en la cama en plena función. Tampoco había olvidado la tunda que le propinó el propio Sarbanas, para «corregirla» por haberle traicionado.

—No era ningún mocoso como Fred dijo —hipó ella, mientras se llevaba la copa de vino a los labios—. Hacía el amor mucho mejor que él. ¡Y era todo un hombre!

Aldo le dio la razón y continuó escuchándola. A él no era necesario que nadie le explicara las virtudes amatorias de su hermano. Después de haber crecido juntos y de haberle visto cómo se desenvolvía entre las mujeres, no le quedaba duda de que el porvenir de Gino estaba en dar un buen braguetazo. Y Aldo estaba seguro de que acabaría por triunfar así… a menos que alguien lo quitase de en medio por celos.

Apartó aquellas ideas de la cabeza y volvió a fijar su atención en la mujer, a la que estaba emborrachando a conciencia.

Lena hablaba con profusión, repitiendo una y otra vez las mismas cosas, con la insistencia propia de los borrachos. Le habló de sus aspiraciones a triunfar en Broadway y de cómo, por culpa de Fred Sarbanas, continuaba pudriéndose en un pequeño *music-hall*

del que era la *vedette,* aunque con eso no ganara ni para pipas. Lo grueso de sus ingresos, el abrigo de visón y las joyas, eran regalos de Fred…

La mujer se sirvió vino otra vez y vació la copa de dos tragos. Y continuó hablando por los codos, animada por la atención que le prestaba aquel hombrón de músculos recios y duros, con el que tenía ganas de verse en la cama.

—No podemos ir a mí casa —le dijo con voz pastosa—, porque pilla muy lejos de aquí.

—Fuera tengo mi coche —ofreció él, sonriente.

Lena movió la cabeza negativamente.

—Está lejos, muy lejos… pero Fred está siempre cerca, demasiado cerca… No tengo ganas de que me vuelva a pegar.

—A mi lado no podría hacerlo —replicó él, mirándola a los ojos —. Yo no le dejaría.

La mujer le miró con admiración y deseo. Avanzó una mano y acarició el bíceps de Aldo, murmurando:

—Tú eres muy fuerte. Más que Fred. Eso salta a la vista…

Después, como si una idea fija persistiese en su cerebro, Lena añadió:

—¿También eres fuerte en la cama?

—También —aseguró él—. ¿Quieres comprobarlo?

—Sí. Sí quiero… pero no en mi casa.

—Conozco un motel donde no hacen preguntas. ¿Quieres que vayamos allá?

Lena palmoteó como una chiquilla a la que se acaba de ofrecer una muñeca para jugar con ella. Y volvió a decir que sí, que sí quería. Aldo le sonrió y llamó al camarero para pagar la cuenta. Después se puso en pie y le ofreció el brazo a Lena. La mujer se asió a él para no caerse y salieron juntos del restaurante, dirigiéndose al *parking* donde estaba el coche de Aldo.

Aldo, condujo despacio por la Avenue Jorome para torcer luego hacia el puente de Washington y cruzar la parte norte de Manhattan en dirección al sector oeste y luego el Hudson entrando en el estado de Nueva Jersey. Pasó por delante del Palisades Amusement Park y torció luego a la derecha para seguir hacia el interior.

Cuando llegaron a la casa que había alquilado días atrás, Aldo detuvo su coche delante mismo de la puerta y, abriendo la

portezuela de la derecha le dijo a Lena:

—Sal, preciosa. Ya hemos llegado.

Ella miró extrañada a la casa y dijo:

—Esto no es un motel…

—No. Desde luego. Es que me acordé de que un amigo mío se había ido de vacaciones y que me dejó su casa para que la cuidase. Aquí estaremos mejor que en un hotel.

—Pero yo tengo sed…

—No te preocupes —rio Aldo—. Mi amigo tiene un bar muy bien surtido. Podrás emborracharte con lo que más te guste: *whisky* escocés, vodka ruso o champaña francés.

Lena salió del coche palmoteando alegre.

—¡Champaña! ¡Quiero beber champaña!

Aldo la empujó suavemente hacia la puerta, mientras sacaba la llave de un bolsillo. Y la animó diciéndole:

—Pues te bañarás con champaña, muñeca. ¡Todo el que quieras será para ti esta noche!

—¿Y tú te lo beberás conmigo? ¿Lo beberás sorbiéndolo de mi piel? ¡Contesta!

—Sí, claro. Como tú digas.

La puerta ya estaba abierta y Aldo empujó a la mujer al interior, pero ahora sin tanta delicadeza. Luego cerró tras ellos con lo que la trampa resultó perfecta.

Lena no podía saberlo, pero acababa de caer en la más astuta de las trampas, en la que iba a convertirse en un cebo. Pero no en algo apetitoso y atractivo, sino en todo lo contrario, en lo que habría de irritar al máximo a su dueño, a aquel Fred Sarbanas del que Aldo había jurado vengarse.

Y Lena iba a ser el instrumento de la venganza de Lorussi, el medio con el que iba a herirle en su orgullo, en su amor propio, con un golpe bajo, como el que le había asestado cuando exigió que perdiese un combate si quería volver a ver vivo a su hermano.

Los dados se agitaban ya en el cubilete. Aldo los iba a lanzar para empezar una nueva partida. Pero esta vez estaba decidido a que fuese él quien ganara.

Empujó sin miramientos a Lena, hacia el dormitorio, pero esta, con su terquedad de borracha, chilló:

—¡El champaña! ¡Me prometiste un baño de champaña!

Aldo sonrió cruelmente y la empujó otra vez.

—Te voy a dar un baño… pero no el que te imaginas.

Y antes de que Lena pudiese comprender lo que se le venía encima, Aldo le asestó un puñetazo que le cortó la respiración, al tiempo que ella se desplomaba sobre la cama como un fardo inerte.

CAPÍTULO VIII

Desnuda encima de la cama, amarrada por las muñecas y los tobillos a los barrotes, Lena constituía un espectáculo fascinante y tremendamente provocativo.

Aldo se había sentado en una butaca, al lado del lecho, y la contemplaba sonriente disfrutando al verla así, a su merced. Resultaba una verdadera delicia para él comprobar cómo las suaves y exquisitas curvas de Lena eran ahora suyas. Había mucho de sádica voluptuosidad en el espectáculo con que Aldo se estaba regalando.

Mientras seguía repantigado en el sillón, Aldo pensaba en que aquella mujer había sido de su hermano, pese a que le pertenecía a Sarbanas. Muchos debían haber sido los hombres que poseyeron aquel cuerpo mórbido y voluptuoso, pero Gino y Sarbanas eran los últimos…

Pero no. Esto no era cierto. ¡El último era él!

Aldo se puso en pie y se desnudó para tenderse luego encima de la indefensa Lena, que chilló al volver en sí sintiéndose penetrada. Trató de moverse, pero se lo impidieron las ligaduras que la tenían amarrada a los barrotes.

—¿Qué haces, puerco? ¡Fred te matará por esto!

Sin hacer caso de insultos ni de amenazas, Aldo buscó su placer en la posesión de aquella mujer. No era la mujer de Sarbanas, pero sí algo de su propiedad. Por eso le hería donde más podía dolerle.

Durante unos minutos, Aldo se agitó encima del cuerpo de Lena, aplastándola con su peso. Ella había dejado de gritar comprendiendo la inutilidad de sus amenazas.

Sus ojos parecieron salirse de las órbitas, cuando Aldo alcanzó el paroxismo del placer y se desplomó encima de ella, inundándola con oleadas del deleite que estaba experimentando.

Durante algunos segundos, Aldo permaneció inmóvil. Después se levantó y encendió un cigarrillo.

Esto era extraordinario en él, porque no fumaba.

Lena le miró y habló suplicante.

—Suéltame… Me duelen las muñecas y los tobillos.

Sin decir nada, Aldo aspiró una bocanada de humo y dejó el cigarrillo en el cenicero que había encima de la mesilla de noche. Abrió el cajón y sacó una perilla de goma y un foulard. Con la sonrisa en los labios se aproximó a Lena, que no adivinaba lo que se proponía, pero que le miraba llena de inquietud y atormentada por horribles presentimientos.

Aldo metió la perilla de goma en la boca de la mujer, sujetándola luego con el foulard.

—Sé que eres de las chillonas —le dijo, mientras anudaba el foulard— y no quiero que nadie venga a interrumpirnos.

Los ojos de Lena reflejaron pánico cuando le vieron coger el cigarrillo y chupar de nuevo, para avivar la brasa. La mujer hubiese querido gritar cuando Aldo acercó el cigarrillo a su piel. Y se arqueó, aún estando amarrada, cuando el dolor atenazó su cuerpo, enviándole la sensación de la quemadura al cerebro dominado ya por el terror.

Cada uno de los músculos del cuerpo de Lena estaba en tensión en un vano esfuerzo por romper las ligaduras y escapar a la insistente tortura del cigarrillo en su piel. Contorsionaba los muslos y las nalgas de manera increíble, habida cuenta lo fuertemente que estaba amarrada a la cama.

El pánico de la mujer era abyecto. De sus ojos desorbitados brotaban lágrimas de dolor y desamparo. Se había convertido en un animal herido y atrapado…

Viéndola en aquel estado, Aldo dio por finalizada la sesión de castigo «indirecto». Desató las muñecas y los tobillos de Lena. No le quitó la mordaza y cargó con ella, desnuda, tal y como estaba, llevándola al coche donde la depositó en la parte delantera, al lado del volante.

Luego regresó nuevamente a la casa, para recoger las ropas de la mujer. Las llevó al automóvil y las puso encima de ella, tapándola cuidadosamente.

Después de escribir una breve nota, que se guardó en el bolsillo, cerró la casa y se llevó las llaves. Se sentó al volante, puso el motor en marcha, y alejándose de allí enfiló en dirección a la isla de Manhattan.

Aldo cruzó de nuevo los puentes de Washington, para volver al Bronx, dirigiéndose luego hacia la finca de Fred Sarbanas. Se detuvo unos instantes en una calle desierta para atravesar la nota, que se guardó en el bolsillo, con un cordel, que luego anudó al cuello de Lena. Luego continuó hasta que, al llegar delante de la casa de Sarbanas, sin detener el coche, abrió la portezuela de la derecha y empujó a Lena, tirándola a la calzada junto con sus ropas. Pisó después el acelerador y el automóvil se perdió de vista antes de que alguien pudiera salir de la casa para recoger a la mujer.

En el cuello de Lena había un mensaje dirigido a Fred Sarbanas. No podía ser más escueto ni más contundente. Decía tan solo:

«Para ti será mucho peor, Sarbanas. Dentro de muy poco te tocará el turno».

* * *

Más de cinco mil personas gritaban histéricas, mientras Aldo castigaba con tremenda dureza a su contrincante. Schauss *The Knickerbocker,* fue un buen y feroz enemigo en los tres primeros asaltos. Pero a partir del cuarto podía dársele ya como al perdedor. La gente gritaba a Aldo que lo rematase, previendo el final en aquel quinto *round*.

Aldo respondió a los apremios de la vociferante multitud como si se tratara de una orden. Lanzó una izquierda seguida de un corto derechazo, que estalló en la cara del holandés. Este contestó todavía pegando con su zurda a Lorussi en la cara, pero no llegó siquiera a tambalearse. Encajó el golpe y replicó con mayor denuedo. Aldo demostró así lo que ya estaba en la mente de todos los espectadores, que a la vez que sabía pegar también podía absorber un duro castigo. Devolvió los golpes del holandés con tal furia e instinto de fiera, que convenció al mundo del boxeo que él era una auténtica figura y que allí no tenía oponente auténtico.

El asalto estaba rebasando la mitad, cuando Aldo conectó un directo con la zurda en la cabeza de Schauss, enviándolo contra las cuerdas. El holandés trató de agarrarse a estas y de volverse hacia donde suponía que estaba Aldo, pero Lorussi había saltado hacia un lado, previendo la reacción de su contrincante y aprovechó el desconcierto momentáneo de este, para lanzar contra él su

demoledora zurda.

Schauss cayó sobre la lona, permaneciendo allí hasta la cuenta de ocho. Se puso de pie tambaleándose, obviamente lastimado, y antes de que hubiera conseguido alzar los brazos para cerrar su guardia, Aldo se abalanzó contra él disparándole varios crochets y directos que le llevaron hasta las cuerdas. El holandés trató aún de mantenerse en pie y buscó el clinch para protegerse, pero Aldo lo paró en corto, aniquilándole finalmente con la zurda, su *favorite Bombe.*

El público se puso en pie rugiendo de entusiasmo, mientras el árbitro se inclinaba sobre el caído e iniciaba la cuenta.

Al llegar a diez, el holandés continuaba sin sentido en la lona, completamente *K. O.* El combate había terminado…

Aldo abandonó el rincón neutral en el que había permanecido mientras el árbitro le contaba a su contrincante, y alzó los brazos para agradecer al público sus vítores y entusiasmo. Dejó que el árbitro levantase su diestra, al proclamarle vencedor y dio una vuelta sobre sí mismo para agradecer sonriente los clamores de la gente. Se reunió con su segundo y cuidador en su esquina y saltó del *ring*, con la agilidad propia de quien ha sostenido un combate de entrenamiento. No uno de verdad. Y en realidad, para él, uno de entreno podía resultar bastante más fatigoso que este en el que había vencido en cinco asaltos a un boxeador de la talla de Schauss *The Knickerbocker.*

Cuando llegó al vestuario pasó directamente a la ducha. Estaba lleno de amigos y de partidarios, que se mostraban eufóricos.

Mientras el agua caía sobre su cabeza y resbalaba por el cuerpo, Aldo no pudo por menos de pensar en aquel otro día, no muy lejano, en que tuvo que perder ante Strong Dog.

«Ese día no vino nadie —pensó con amargura—. Cuando venzo tengo amigos, pero cuando pierdo… ¡ni en sueños!»

Terminó de ducharse y se puso una toalla a la cintura para ir a tenderse sobre la mesa y ponerse en manos del masajista.

Marcheggi empezó a pedir que se fuera la gente. Unos y otros fueron desfilando y al final solo quedaron allí el promotor, Timmy, el masajista y Nadia.

La mujer se le acercó y, después de besarle en la mejilla, le susurró al oído:

—Esta noche podremos jugar mucho, ¿verdad?

Aldo contestó con una sonrisa y un gesto de asentimiento. Eso le bastó a Nadia, que se irguió, diciéndole:

—Voy a casa. ¿Te apetece algo especial?

—No, pero no vayas sola. Que te lleve Timmy en su coche. Yo me quedaré todavía un rato para hablar con Sal.

Timmy cogió del brazo a la amiga oficial de Lorussi y se dirigió con ella a la salida. Mientras, Aldo se sentó en la mesa y preguntó a su promotor:

—¿Qué te pareció el combate?

—Estupendo. La gente debe preguntarse cómo pudiste perder con Strong Dog. Ahora el combate de revancha es ya un hecho. No podrían aplazarlo aunque quisieran. Bastaría con un desafío público para que sus cuidadores no tuvieran más remedio que aceptar.

Aldo sonrió y dijo:

—El pobre Sandy no se imagina lo que le espera. ¡Pagará caro que tuviera que regalarle el combate!

Y con esta idea en la mente, Aldo empezó a vestirse mientras Marcheggi se despedía de él y salía del vestuario.

Al salir al callejón, Aldo iba completamente solo. Pero el sitio no estaba desierto. Tres individuos le estaban esperando. Lorussi no necesitó que le dijeran nada porque imaginó por qué y para qué estaban allí.

Aldo podía retroceder, pero no quiso. Estaba decidido a salir adelante y a abrirse paso entre aquellos tres individuos con la sola fuerza de sus puños. Vio que uno sacaba y abría una navaja, que otro empuñaba una porra de goma y que el tercero, el que estaba más rezagado, tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta como si tuviera una pistola.

Sin vacilar un segundo, Aldo atacó primero al de la navaja. El directo que le colocó entre ceja y ceja bastó para empujarlo contra la pared y que soltase su arma.

Rápido como una centella, Aldo se había vuelto ya para enfrentarse con el de la porra. Este tenía el brazo alzado para golpearle en la cabeza. Aldo saltó a un lado esquivando y descargó un gancho con la zurda, que hizo tambalearse a su adversario y vacilar como si fuera a caer al suelo.

Aldo vio entonces que el tercer individuo sacaba la pistola. Se

apresuró a agarrar al de la porra, en un extravagante clinch, haciéndole girar para colocarle entre él y el pistolero.

Se oyó un disparo en el callejón, seguido de dos más.

Aldo notó cómo se estremecía el cuerpo del hombre que tenía sujeto y aplastado contra él. Las balas del pistolero le habían alcanzado a este.

En aquel momento se oyó el pito de un policía.

El pistolero miró hacia atrás y giró el arma. Inició un movimiento de retroceso, pero Aldo fue más rápido que él. Empuñó con fuerza el cadáver que sostenía en sus brazos y le dio al otro de lleno, haciéndole caer de bruces. Al instante dio un salto para caer al lado del pistolero que pugnaba por incorporarse. Le sorprendió con un violento puntapié en la mandíbula, que le hizo caer de espaldas sobre la acera. Luego, antes de que pudiese reaccionar, le aplastó la mano con el tacón de su zapato, obligándole a soltar la pistola.

En aquel momento llegó el policía, que seguía pitando para pedir ayuda. Después apareció un coche patrulla con más agentes. Se hicieron cargo de los dos atacantes de Aldo, que seguían con vida, y una ambulancia llegó después para llevarse el cadáver del tercero.

Aldo fue al Precinto para hacer su declaración, fácilmente comprobable puesto que no tenía ningún arma y las tres que se habían encontrado en el callejón tenían muy claras las huellas de sus respectivos dueños.

Al cabo de dos horas, Aldo volvía a estar en la calle. Silbaba alegremente mientras se dirigía al primer bar que vio abierto. Pidió una tónica y pasó al cuarto del teléfono. Marcó el número de Fred Sarbanas, y cuando oyó la voz de Gregori que respondía, le dijo:

—Os salió mal el golpe, amigo.

—¿Quién habla?

—Lo sabes muy bien, puerco. Dos de tus chicos están en el calabozo y para el tercero ya le podéis pagar el funeral. Gregori palideció al oír aquellas palabras. Aldo añadió: —Dile a tu jefe que su turno está cerca, le va a tocar a él muy pronto. Y si tú no quieres que te alcance la quema, acepta mi consejo y quítate de en medio.

Antes de que Gregori pudiese contestar, Aldo había cortado la comunicación, volvió al mostrador. Se bebió la tónica a pequeños

sorbos y después, dando un paseo, se encaminó hacia su casa.

Aldo marchaba a paso rápido, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y había vuelto a silbar alegremente.

Acababan de atentar contra su vida, pero había vencido. Y resumió la situación, diciendo entre dientes:

—Se cambiaron las tornas, Sarbanas. Ahora eres tú quien va a perder. ¡Y de qué manera…!

CAPÍTULO IX

Fueron al Scotish Corner del hotel. Fred y su amiguita tomaron dos *whiskys* con hielo y soda. Sarbanas había reemplazado ya a Lena, porque no se sentía con ánimos de acariciar a la apenada y doliente muchacha. Pero el hecho de que se hubiera buscado otra compañera no significaba que hubiera abandonado sus propósitos de castigar a Aldo Lorussi. Solo que, habida cuenta del fracaso enjugado con lo del callejón, había decidido esperar un poco. La policía estaba sobre aviso y no quería complicarse demasiado abiertamente.

Gregori también pensaba en el giro que habían tomado las cosas, solo que sus ideas no corrían parejas con las de su jefe. A él no le gustaban los aplazamientos y estaba calculando la manera de provocar a Lorussi.

«Si le hago dar un paso en falso —pensaba— podré cazarle como a un conejo y mandarlo al fondo del Hudson con una bota de cemento. Entonces, ¡averigua quién te dio!»

Aquella idea le hizo sonreír y volvió a leer las notas que le había pasado el tipo que tenía vigilando la casa de Lorussi.

—Esa Nadia puede ser el cebo apropiado…

Con estas palabras acababa de sentenciar a Nadia a una suerte peor que la de Lena. Y le regocijó la idea de lo mucho que se iba a divertir con ella. Sus ojuelos de rata brillaron solo de pensar en las mil y una perrerías que podría hacerle a la amiguita de Aldo. Y luego en cómo lo atraparía a él.

Minutos más tarde, el «Cadillac» de Gregori partía en dirección a la casa de Lorussi, llevando en su interior al inquieto de Sarbanas y a tres de sus pistoleros.

Nadia estaba sola en la casa esperando a Aldo, que había prometido llevarla a cenar a la pizzería de Crozetti, para celebrar que había tenido buenas noticias de su hermano. El chico estaba en Niza y se lo pasaba en grande, tanto era así que no necesitaba dinero. Y eso, tratándose de Gino, era muy significativo. Aldo lo

había comentado diciendo sarcástico:

—Ya debe haber pegado el braguetazo y está a cubierto. ¡Mejor que sea así!

También Nadia estaba contenta de que Gino se quedara en Europa, porque de estar cerca de Aldo tal vez le convenciese de que ella no era lo bastante «buena» para él.

Cuando oyó el timbre de la puerta pegó un respingo y empezó a renegar por lo bajo:

—Ya se ha echado atrás en lo de cenar en la pizzería y me envía a Timmy o a algún otro para aplacarme. ¡Pero si es así me va a oír! ¡No se irá de rositas!

Abrió la puerta con aire furioso.

La catadura de los pistoleros era tan inconfundible, que Nadia se estremeció apenas les vio. Trató de cerrar la puerta, pero ellos se le adelantaron. Uno avanzó empujándola con fuerza hacia dentro mientras que los otros dos entraban bloqueando la puerta para que no pudiese cerrarla.

Nadia quiso gritar, pero el tipo que se había hecho cargo de ella, le puso una manaza en la boca impidiendo que de su garganta saliera otra cosa que un ronco gemido. Después, otro la agarró por los cabellos y la hizo girar para golpearla en seco.

La mujer se dobló al recibir el puñetazo en mitad del pecho y exhaló un quejido. Después cayeron sobre ella otros golpes hasta que cayó al suelo sin conocimiento.

* * *

Aldo estaba trabajando sus puños golpeando el saco. Le resultaba incluso excitante pegar más y más deprisa el pesado objetivo, haciéndole balancearse, para recibirlo con sus hombros y seguir golpeando, como si se tratara de un enorme peso pesado.

A Aldo le gustaba escuchar el ruido sordo de los puñetazos que descargaba contra el saco, que eran recogidos por las paredes, cuya resonancia aumentaba el sonido.

Casi media hora estuvo dándole al saco, hasta que se decidió a hacer guantes con su *sparring.* Timmy le ató los guantes y le puso el casco protector de cuero. Luego los dos hombres empezaron a intercambiar golpes en el *ring*, haciendo que algunos de los que

estaban en el gimnasio se acercasen a verles.

Aldo sentía la misma emoción de siempre, al llevar los guantes de boxeo puestos. Era una mezcla de ansiedad y de placer, algo así como un cosquilleo que cesaba en cuanto comenzaba a disparar sus puños. El *sparring* paraba bien y esquivaba mejor. Eso le obligaba a Aldo a mover sus piernas en un baile que hubiese enviado el propio Muhamad Alí. Se movía alrededor de su pesado contrincante, buscándole alguna abertura en su guardia para acometer con su zurda.

Al fin, después de tres cuartos de hora de entreno, Aldo dio por terminado el encuentro y ya sudoroso, pero no agotado, fue a darse una ducha escocesa.

Cuando salió a la calle, rechazó el ofrecimiento de Timmy de llevarle a su casa en coche.

—Gracias, pero prefiero ir dando un paseo —le dijo—. Así estiro las piernas y de paso me despejo la cabeza.

Timmy aceptó con un gruñido y le dejó marchar solo. Aquella decisión resultó providencial para Aldo Lorussi, porque al llegar cerca de su casa, vio el «Cadillac» de Gregori parado en la acera de enfrente, casi en la esquina de la calle.

Aldo conocía bien aquel automóvil. Por eso, al descubrirlo cerca de su casa, comprendió que algo malo le estaba esperando.

El púgil respiró hondo, como si estuviera en su rincón esperando que sonara la campana anunciando el inicio de un asalto. Miró en torno suyo, pero le tranquilizó no ver a nadie en la calle.

«Debe estar dentro… esperándome».

Entonces se acordó de Nadia y tembló por ella. No podía olvidar el castigo que él infligió a Lena, la fulana de Sarbanas. Adivinó que ellos podían intentar lo mismo con su amiga.

Rechinando los dientes de rabia, Aldo se deslizó hacia la parte de atrás de su casa. El césped había crecido con cuidado, pero sirvió para amortiguar el ruido que pudieran hacer sus pasos. Se aproximó a la ventana de su dormitorio y miró hacia dentro. Lo que vio le hizo palidecer.

Nadia estaba tendida en la cama y uno de los gorilas de Gregori se entretenía en pincharla en los flancos con una navaja de resorte.

Aldo masculló unas maldiciones y, por un momento, estuvo tentado de irrumpir en su dormitorio. Pero se fijó entonces en

Gregori y en otro de los pistoleros. Estaban vestidos y si el primero empuñaba su pistola, el otro tenía una metralleta en las manos.

«Me están esperando —pensó— y si asomo la nariz van a coserme a balazos».

La prudencia le hizo retroceder sigiloso. Lo sentía por Nadia, pero no podía hacer nada por ella. Estaba prácticamente liquidada y ella debía saberlo. Es más, seguramente pediría que la matasen y acabasen de una vez con ella.

Mientras se apartaba de su casa, Aldo gruñó:

—Te vengaré también a ti… ¡Pagarán también por esto!

Decidido ya, Aldo se alejó de la casa y fue donde estaba aparcado el coche de Gregori. Perdió unos minutos en desinflarle dos ruedas y luego echó a correr hasta la calle paralela, buscando ávidamente un taxi libre. Cuando lo encontró se dejó caer en el asiento trasero y le dio una dirección al conductor.

Aquella era la dirección de la finca de Fred Sarbanas.

* * *

Fred estaba sentado en una hamaca, al borde mismo de la piscina. A su lado estaba Sandra, su nueva amiga, luciendo un diminuto bikini que servía para poner de relieve sus muchos y curvilíneos encantos. Sarbanas la miraba con deleite, recreándose en la contemplación de aquella carne mórbida, que ya había sido suya, y que continuaría siéndolo mucho tiempo más.

El así lo creía… No sabía hasta qué punto estaba equivocado.

Uno de los invitados dé Fred se había acercado a su chica y, entre risotadas, le quitó el bañador empujándola a la piscina.

—¡Quiero hacer el amor dentro del agua! —gritó.

Y el hombre saltó detrás de ella.

La otra pareja estaba tendida en el césped, estrechamente enlazados, sin importarles que sus vasos con los combinados hubiesen rodado por tierra y el líquido se desparramase por la hierba.

Todo eso contribuyó a que nadie viera cómo Aldo entraba en la finca y llegaba hasta la piscina.

Cuando Sarbanas vio al púgil ya era tarde para intentar nada. Aldo estaba erguido delante él y su poderoso cuerpo se inclinaba

para agarrarle por el cuello y obligarle a ponerse en pie.

—Tus hombres están castigando a mí chica y tú vas a pagar ahora… ¡Así!

Sin darle tiempo a intentar el menor gesto de defensa, descargó un tremendo puñetazo en la boca de Sarbanas, que empezó a escupir sangre. Pero no se desplomó al suelo, porque Aldo continuaba manteniéndole sujeto con una mano. Así recibió el segundo puñetazo, y el tercero, y el cuarto…

La pareja que se hallaba en el césped, se separó al escuchar el grito de Sandra y los quejidos de Fred. El púgil se volvió a mirarles y gritó amenazador:

—¡Al primero que se mueva lo dejo seco!

Aldo no especificó de qué manera podía cumplir su amenaza, pero aquella gente estaba acostumbrada al lenguaje de la violencia y entendió que se refería a un arma, que él debía llevar en el bolsillo de su chaqueta, por lo que, cobardemente, optaron por permanecer tan quietos como les había ordenado.

Sin soltar a su presa, golpeándole en la cara en un martilleo demoledor, Aldo avanzó hacia el borde de la piscina y, a la pareja que estaba en ella, les amenazó también:

—¡No intentéis salir del agua! ¡Os va la vida!

La chica y su «conquistador» se quedaron inmóviles, abrazados, junto a la escalerilla metálica. Pero sin hacer ningún intento por subir a su borde.

Aldo volvió a golpear la cabeza de Sarbanas. Oyó cómo crujían algunos huesos al romperse. La sangre brotó también de la nariz y de los ojos.

Para estar seguro de que Sarbanas no sobreviviría a aquel encuentro, lo dejó caer en la piscina. Por unos momentos afloraron unas burbujas a la superficie. El púgil apoyó su pie derecho en la cabeza de Sarbanas, manteniéndola dentro del agua.

Al cabo de unos instantes no hubo más burbujas.

Aldo se apartó de la piscina, viendo cómo el cuerpo de Fred Sarbanas flotaba entre dos aguas, ya sin vida.

Se volvió hacia las dos parejas y Sandra, que le miraban aterrados. Señaló a la casa, diciendo:

—¡Todos adentro y en silencio! ¡No quiero oír ni una sola palabra! ¡Andando!

Las tres mujeres y los tres hombres obedecieron sumisos. Aldo marchaba tras ellos para imponer su voluntad, a golpes, si alguno trataba de desmandarse.

Una vez dentro, Aldo encerró a los dos hombres en uno de los grandes roperos del *hall*. Cerró con llave y se la guardó en el bolsillo, no sin hacerles antes una advertencia.

—Si alguien grita lo pasará mal. Todavía me quedaré un rato aquí a tomar un trago y divertirme con una de las chicas. Los hombres se dejaron encerrar sin rechistar.

Aldo se encaró después con las tres mujeres:

—¿Quién de vosotras es la amiguita, o era la querida de Sarbanas?

Dos de las mujeres señalaron a Sandra, que palideció. Aldo se dirigió hacia ella y la enseñó su puño zurdo.

—Esto es mortal, ¿sabes?

Sandra asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Quítate el bikini! —ordenó a continuación Aldo.

Ella obedeció en un santiamén. Y Aldo comentó:

—No tenía mal gusto el tipo…

Mirando a las otras dos mujeres, Aldo señaló a un rincón.

—¡Allí las dos, desnudas y de cara a la pared! ¡La primera que vuelva la cara o se mueva lo pasará peor que esta zorra!

Ya había agarrado por el cuello a Sandra, que no tenía ánimos ni para moverse. Las otras dos se apresuraron a colocarse tal y como les había dicho. Desnudas como lombrices y con las caras pegadas a la pared, cerrando además los ojos para no ver y deseando no oír los gritos de Sandra, que estaba sintiendo en su cuerpo la excitación de Aldo al forzarla.

Transcurrieron unos minutos sin que allí hubiera nadie que se atreviera a pestañear. Ni siquiera Sandra.

Cuando Aldo hubo descargado su libido y su rabia, la soltó y, poniéndose en pie, dijo:

—Advertid a los otros que como alguien se chívate a la poli mis amigos le freirán a balazos. *Okay?*

Dando por afirmativo el silencio que acogió sus palabras, Aldo abandonó la casa.

En la piscina seguía hundido el cadáver de Fred Sarbanas.

CAPÍTULO X

Desde que sonó la campana señalando el inicio del primer asalto, Aldo atacó con rapidez. Strong Dog se sorprendió por la virulencia de los golpes que le llovieron. Trató de refugiarse en el cuerpo a cuerpo, y de ocultar la cara bajo la mandíbula de Lorussi, mientras golpeaba sin fuerza ni entusiasmo el estómago de este Pero Aldo saltó hacia atrás y le disparó la zurda contra la mandíbula, alcanzándole de lleno y haciéndole caer sentado sobre la lona.

Sandy se puso de rodillas oyendo que el árbitro empezaba a contar. A pesar suyo pensó en lo que aquello suponía.

«Si es así en el primer asalto… ¿qué será después?»

Aldo le estaba mirando desde un rincón neutral. Tenía los brazos levantados por encima de la cintura y parecía una fiera acechando a su presa.

Cuando el árbitro llegó a la cuenta de siete, Strong Dog se puso en pie. Aldo marchó directamente sobre él, estirado el brazo derecho y con el puño izquierdo recogido debajo de la mandíbula. Sandy pudo parar el primer golpe de la derecha y saltó a un lado para esquivar la zurda. Empezaba a comprender que allí había algo más en juego que un simple combate de revancha. El odio cerval que brillaba en los ojos de Aldo le indicaba que este no le iba a dar cuartel.

Sandy recordó el combate anterior y empezó a comprender.

«Le obligaron a perderlo… y ahora quiere vengarse».

Como si necesitara confirmarle aquel pensamiento. Aldo lanzó contra él una lluvia de crochets y de directos. Sandy se puso las manos delante de la cara, tratando en vano de protegerla. Lorussi le estaba pegando en todas las partes que quedaban a su alcance. El castigo era tremendo, despiadado…

Sonó la campana y terminó el primer asalto, volviendo los púgiles a sus respectivos rincones.

Sandy miró a su preparador e indicando a su contrincante con la

mirada, le preguntó:

—¿Qué crees que le pasa?

—¡Cualquiera lo sabe! Pero puedo decirte algo…

—¿Qué?

—¡Está decidido a acabar contigo!

—Eso ya lo sé —replicó Sandy con evidente amargura—. ¡No me dices nada nuevo!

—Es que hay más. Su zurda es mortal. Ten cuidado. Ya mató a un hombre en el *ring*.

—Lo recuerdo… Fue en Filadelfia… Creo que se llamaba Ed Kiesling.

Sonó otra vez la campana y Sandy se levantó como si alguien le hubiese empujado. No porque él deseara hacerlo. Al acercársele, Aldo sonrió viendo el miedo reflejado en los ojos de su contrincante.

«Ha adivinado ya lo que le espera…»

Y sin molestarse en cuidar de su guardia, Lorussi se lanzó al ataque golpeando con saña, como si estuviera enfrascado en una de aquellas riñas callejeras en las que, si uno se descuidaba, podía irle la vida.

Strong Dog hizo una finta con la derecha y lanzó un gancho de izquierda contra la cabeza de Aldo. Este dio un salto atrás y eludió el golpe, para agacharse luego y lanzar la izquierda contra el flanco de Sandy, y seguir con un rápido derechazo contra la cabeza. Strong Dog todavía pudo pararle y dirigir un golpe contra sus costillas, pero esa fue la última iniciativa que pudo tomar en aquel combate.

Sandy no trataba ya de ganar aquel asalto, ni mucho menos el combate. Sencillamente quería sobrevivir. Había visto en los ojos de Aldo una mirada asesina.

Aldo combatía deliberadamente, aprovechando todas las ventajas que le ofrecían su peso y la longitud de sus brazos. No permitía que su contrincante entrase en el cuerpo a cuerpo. Lo mantenía a distancia para machacarlo a conciencia. Con la malicia acumulada durante aquellos meses en los que había tascado el freno de su rabia por haber entregado un combate que tenía ganado, hacia responsable, en parte, a Sandy de su cesión. Y ahora se lo quería hacer pagar caro…

Además, Aldo tenía en sus ojos el espectáculo de Nadia

atormentada por Gregori y sus secuaces. Y Strong Dog era la víctima propiciatoria, la que le faltaba para añadir y completar su lista.

Aldo golpeó con más saña, con todo el encono de que era capaz. Sandy retrocedió hasta las cuerdas, pero estas parecieron devolverle hacia su enemigo, que le recibió con un tremendo zurdazo en plena cara. Strong Dog se tambaleó y notó que le flaqueaban las rodillas. Agitó sus brazos en el aire, como tratando de apresar el aire que no entraba en sus pulmones resollantes. Y Aldo descargó un directo con la derecha que le hizo oscilar sobre los pies, para desplomarse cuando Lorussi lanzó su fulminante zurda.

El instinto de Aldo le hizo quedarse en pie delante del púgil caído, mientras el árbitro corría a interponerse entre ambos y, sin molestarse en contar, daba por terminada la pelea, tal como pedía ya el cuidador de Sandy arrojando la toalla al centro del *ring*.

Aldo retrocedió despacio hacia su rincón. Oía los alaridos del público que le aclamaba. Pero era incapaz de escucharlos porque estaba como borracho. Sentía que le faltaba algo. Su presa se le había escapado. Alzó las manos en gesto de triunfo y entonces oyó que el árbitro llamaba a gritos a un médico. Entonces sus labios se curvaron en una mueca.

Aldo llegó a su rincón y ofreció los puños a su *manager* para que le desatara las cuerdas. Giró ligeramente la cara al ver cómo un hombre entraba en el *ring* y se precipitara sobre el inmóvil Strong Dog, No necesitó oír sus palabras para saber lo que decía el médico.

—¡Este hombre está muerto!

Mirándose los puños, cubiertos ahora por las vendas tan solo. Aldo murmuró entre dientes:

—Valentina tenía razón… ¡Llevo la muerte en los puños!

El público había dejado de gritar. El resultado del combate era ya conocido. La gente sabía que Aldo Lorussi acababa de matar a su antagonista delante de todos ellos.

Muchos de los presentes se sentían un poco responsables…

Aldo bajó del *ring* y fue a los vestuarios, sin que le acompañase la escolta habitual de los vencedores. Sus puños aterraban. La gente hablaba en susurros de que en Filadelfia había matado a otro boxeador, a Ed Kiesling.

Y el púgil, mientras se duchaba, pensó que lo que la multitud

ignoraba era que tenía más muertes en su haber. Sus puños eran mucho más mortíferos de lo que la gente se imaginaba.

Mientras se ponía en las manos del masajista, Sal Marcheggi se le acercó y le habló en voz baja, con cierto tono rencoroso:

—Sabía que lo dejarías *K. O. r*ápidamente… pero no que fueras a liquidarlo.

—Ha sido un accidente, como lo de Kiesling. Lo siento.

El promotor movió la cabeza negativamente.

—Tú no puedes engañarme. Vi cómo le mirabas y supe que no te contentarías con ganarle. ¡Querías verle muerto!

Por toda respuesta, Aldo dejó escapar un gruñido.

Por unos instantes los dos hombres quedaron callados. El silencio se hacía palpable. Luego, Marcheggi dijo con voz pausada:

—No quiero seguir contigo, Aldo. Búscate otro promotor.

—¿Me abandonas después de tanto tiempo?

Sal Marcheggi hizo un gesto ambiguo y replicó:

—Yo puedo promocionar combates de boxeo. ¡No asesinatos! ¡Y lo de hoy ha sido eso! ¡Te has pasado en tu venganza!

Aldo se mordió los labios y miró con fiereza al promotor.

—Perfectamente. Puedes irte. No te volveré a llamar.

—Adiós, Aldo. Créeme que lo siento… pero para mí sería imposible quedarme a tu lado.

—¡Pues vete ya de una puñetera vez! —gritó colérico el púgil—. ¡Soy yo quien ahora no quiere tenerte a mí lado! ¡Largo de aquí!

Sal Marcheggi agachó la cabeza y salió del vestuario.

El boxeador se volvió entonces para mirar a su cuidador, al masajista y a Timmy.

—¿Pensáis también como él…?

Un silencio opresivo acogió sus palabras. Entonces añadió, gritando como un energúmeno:

—¡Fuera todos! ¡No quiero a nadie! ¡Idos ya!

Uno tras otro los tres hombres abandonaron el vestuario, dejándole completamente solo.

Aldo se vistió despacio. Negros presentimientos enturbiaron su mente, pero se encogió de hombros y, con las manos metidas en los bolsillos, abandonó el vestuario para dirigirse a la salida.

Una vez en el callejón, Aldo respiró hondo.

Delante de él, a la entrada de la calleja podía ver a dos

individuos. La actitud de estos no podía ser más elocuente.

—¿Habéis venido a matarme? —gritó.

Al lado de los pistoleros apareció Gregori. Fue él quien le contestó con tono silbante.

—Sí, Lorussi. Ahora te toca a ti el turno.

Apenas terminó de hablar el que había sido segundo de Sarbanas y ahora era el nuevo jefe, cuando los pistoleros sacaron sus armas y abrieron fuego contra Aldo.

Los brazos del boxeador se agitaron en el aire, como aspas de un molino roto. Las balas que se incrustaban en su corpachón, le empujaban con la suavidad de los jabs. Sin mucha fuerza, sin la contundencia de algunos golpes que él había encajado en muchos combates a lo largo de su vida de púgil y de campeón.

Pero las balas no podía encajarlas con tanta facilidad.

Aldo gruñó mientras se tambaleaba y trataba de acercarse a los pistoleros. Era el boxeador que buscaba el cuerpo a cuerpo. Pero ellos siguieron disparando y las balas le echaron hacia atrás.

A lo lejos se oyó el silbato de un policía.

Gregori les gritó a sus hombres:

—¡Vámonos! ¡Ya tiene su cuenta!

Era verdad. Aldo había caído sobre el asfalto del callejón, húmedo de lluvia y de orines. Tenía su cuenta completa. Pero allí no había ningún árbitro que contase hasta diez.

Y sus asesinos se iban sin que nadie les detuviera.

Cuando llegó el primer policía, Aldo permanecía tendido en mitad del callejón, con las piernas encogidas y los ojos muy abiertos. El agente necesitó solo unos segundos para comprobar que estaba muerto. Se puso en pie y fue hasta el teléfono más próximo para llamar a una ambulancia. Después llamó al Precinto para informar de lo que acababa de suceder.

El comisario jefe, al que dio la noticia, se limitó a responder:

—Era lógico que sucediese algo parecido. A su chica la mataron después de torturarla. Estoy seguro de que él se cargó a Sarbanas, aunque no pudiésemos probarlo nunca. Los amigos y secuaces de este tenían que eliminarlo a él.

El policía no pensaba en el hombre que había muerto en el *ring*, porque para él… eso era un accidente. El comisario no podía sospechar que Aldo Lorussi había estado viviendo desde siempre

Con la muerte en los puños.

* * *

—Me gustas a rabiar —dijo Gino.

El joven Lorussi estaba acostado con la preciosa condesita francesa.

La ventana de la *suite* estaba abierta de par en par. Por ella entraba el sol a raudales. La pereza que les había sumergido a ambos después de hacer el amor, les había impedido correr las cortinas o cerrarla. Les habían subido la comida del restaurante del hotel, pero apenas si la habían probado. Aunque habían hecho el amor infinidad de veces, aquella tarde era la primera ocasión en que podían hacerlo como marido y mujer.

Tal y como hubiese dicho Aldo, su hermano había dado un braguetazo de esos que hacen época.

Gino se incorporó sobre un codo para besar los labios de su esposa. Luego le dijo:

—Sabes a champaña…

—Es que lo que estuvimos bebiendo. ¿No lo recuerdas?

—Sí, querida. Un delicioso *Mumm, cordon rouge.*

Entonces fue ella quien le besó a él.

—Tus labios saben a tabaco… a hombre.

Las bocas volvieron a unirse.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta.

—¡Quien sea que se vaya! —gritó la condesita—. ¡No queremos que nos molesten!

El gerente del hotel, que había ido en persona, insistió diciendo quién era y por qué estaba allí.

—Ha llegado un telegrama urgente para su marido, madame la Comtesse. Creo que es muy importante.

Gino se levantó imaginando ya que se trataba de algo concerniente a su hermano. Pensó que debía haber culminado su venganza y le invitaba a regresar.

«Menuda sorpresa va a llevarse cuando sepa la boda que he hecho. ¡Se quedará frío!»

Pero quien se quedó frío fue él cuando leyó el telegrama. Lo enviaba Sal Marcheggi, como albacea testamentario de Aldo. Le

notificaba su muerte y que él era su único heredero, puesto que no se tenía la menor noticia respecto al paradero de su hermana Valentina.

Gino estrechó la mano del gerente del hotel y le dio las gracias por haberse tomado la molestia de traerle el telegrama personalmente. Después volvió a la cama, donde le esperaba, voluptuosa, su encantadora y rica mujercita.

—¿Era importante el telegrama?

—Sí, cariño. Me notifican la muerte de mi hermano y me dicen que soy su heredero.

—¡Cuánto lo siento!

Gino dejó el telegrama encima de la mesilla de noche y se tendió al lado de ella. Le pasó un brazo por la cintura y la atrajo hacia él, diciendo:

—Era mi hermano y yo le quería mucho. Tenía unos músculos que le permitían ganar fortunas, pero era un sentimental… y vivía *Con la muerte en los puños.*

—¡Qué romántico! —exclamó la condesita.

Y abrazándose a Gino se le dio con todo el fuego de una pasión que, en aquel momento, tenía un cierto sabor a sangre y muerte, pero un sabor que a Gino le hizo gritar de placer. Y ni él, ni ella, se acordaron entonces de aquel Aldo Lorussi que murió porque sus puños no pudieron competir con las balas.

Él pudo llevar la muerte en los puños. Pero las pistolas resultaron mucho más eficaces y mortíferas. ¡Muchísimo más…!

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

[1] **Unión Atlética de Aficionados.**